

## **UNA HISTORIA DE AMISTAD**

Emilio Morales Prado

Dedicada al profesor Chan-din y a los científicos que, como él, trabajan para el progreso armónico de los seres humanos en el planeta y para descubrir la verdad, no para satisfacer los intereses de aquellos que les pagan.

-Antes yo no era nada -dijo melancólico el pequeño virus.

-Muy cierto -contestó reflexivo un enterovirus con el que últimamente había trabado cierta amistad-, muy cierto, pero debes reconocer que, para llegar hasta donde estás ahora, has recibido ayuda.

-Apenas nada, apenas nada -hizo un gesto con la mano como rechazando algo.

-¿Apenas nada? -el entero parecía molesto-. Si a que te implanten genes de pangolín, murciélago, VIH y no sé cuántas cosas más tu le llamas apenas nada...

-Bueno, en eso llevas razón, pero, al fin y al cabo, soy yo, yo mismo -había elevado el tono de la voz y se golpeaba el pecho para subrayar sus palabras-. Bueno, lo cierto es que antes no me comía una rosca y ahora soy el terror de todo el mundo. Si lo piensas bien, soy un superhéroe.

-Pero hombre, Cori -protestó el otro-, los superhéroes ayudan y salvan a la humanidad, mientras que tú, ¡mira la que estás liando!

-Cuestión de matices. ¡Mira!

Cori sacó de su mochila una capa de color escarlata y una mascarilla tuneada con un rayo destructor, y se los puso.

-Antes, como te decía, no era nada; era un simple endógeno, como tú, un fracasado. Ahora soy todo un patógeno. Entre nosotros, los virus, ser un patógeno equivale a ser un superhéroe entre los humanos. Los patógenos hemos de ser temibles. Yo, en concreto, soy un superpatógeno.

-¡Menos lobos!, Cori, tú sabes de sobras que en todos los hospitales te están apuntando tantos que no son tuyos.

Cori enrojeció un poco pero no se le notó a causa de la capa escarlata que lo envolvía.

-Eso lo dirás tú, además, ¿quién es el rey de las residencias de ancianos?

-¡Pues vaya mérito para un superpatógeno! -el enterovirus recalcó la palabra con no disimulada sorna-, matas a esos pobres viejos que no se pueden defender. Además, ni siquiera has sido tú. Y sé de buena tinta que, sin el polisorbato, tú y tus amigos no habríais tenido nada que hacer.

-Lo que a ti te pasa es que tienes envidia.

Diciendo esto, Cori se subió a un estornudo de su portador sano (aún no existían los positivos asintomáticos) y se fue volando mientras su capa escarlata ondeaba con flamígeras reminiscencias. El enterovirus, con un suspiro de resignación, se retiró a sus aposentos.

Mientras duró el viento que lo propulsaba, el superpatógeno voló feliz poniendo posturas a lo Superman y sintiéndose terriblemente malvado, pero cuando hubo recorrido más o menos un metro, le faltó el impulso y cayó a toda velocidad. Menos mal que había allí una mesa, porque de lo contrario habría ido a dar con sus huesos en el suelo. Maltrecho a pesar de todo, trató de moverse, sólo para comprobar que estaba atrapado en algo que de momento no pudo identificar, pero que eran unas nanopinzas. Quien sea que manejase aquel infernal aparato trasladó a Cori bajo la lente de un microscopio electrónico desde donde, mirando hacia arriba, pudo ver un gran ojo que lo observaba. Aquel ojo tenía cara de pocos amigos y Cori se asustó:

-¿Quién es usted? -preguntó bastante azorado.

-¿Quién crees tú que soy, imbécil? -respondió el ojo con voz de trueno-, soy el doctor Unfriendly.

Antes de que el ojo dijese su nombre ya lo había identificado por la voz. De hecho, nunca lo podría olvidar: Evil Unfriendly, un tipo dañino y cruel. El mismo que le había cambiado sus secuencias originales para convertirlo en un virus quimera, aunque ese detalle casi lo había borrado de su memoria por lo traumático que había sido. Todo lo que había querido Cori era agradarlo. En algún lugar había leído que aquello se llamaba el síndrome de Estocolmo. Su temor llegaba a la reverencia y deseaba por encima de todo caerle bien, más aún, deseaba que el doctor lo amase, que lo protegiese, que le diese palmaditas en la espalda. Pero el tono de aquella voz no auguraba nada bueno.

-Doctor, pero yo... -insinuó tímidamente.

Con la ayuda de la nanopinza, el doctor lo sacó del microscopio y se encaró con él. Ahora podía ver su cara completa y no sólo el ojo. Y era una cara terrible. Alargada, presentaba una expresión entre maligna y avariciosa. La boca grande, de labios descarnados, lucía dos dientes de oro en el maxilar superior y dos huecos negros en el inferior. Sus enormes orejas pendían casi hasta los hombros. Cejas hirsutas y barba rala de color indeterminado o más bien sin ningún color. De su nariz afilada pendía permanentemente una gota de secreción acuosa que él se limpiaba de vez en cuando con el dorso de la mano. Se decía que en su juventud había sido un joven apuesto, brillante y con un gran atractivo para las féminas. Su novia, la doctora Allme Clever no le iba a la zaga en méritos académicos y, en cuanto a belleza, era una de esas mujeres ante las que todo el mundo se rinde. La pareja perfecta, vamos.

Pero algo ocurrió, no sabemos bien qué. Lo cierto es que ambos se aislaron en su laboratorio y a medida que pasaban los años fueron amasando una gran fortuna. También se fueron volviendo cada vez más feos. Allme fue la que decidió divorciarse. Dividieron su gran imperio en dos y de aquel divorcio ambos salieron igualmente multimillonarios. Entonces comenzaron los rumores: que si se dedicaban a fabricar virus para la guerra biológica, que si vacunas asesinas, en fin, con los rumores ya se sabe lo que ocurre: que vuelan sin control de ninguna clase. Lo cierto es que ellos, cada cual en su empresa, seguían investigando y que cada una de las patentes que vendían sumaba cientos de millones a sus cuentas corrientes. No cabe duda de que eran personas con mucho talento. Y cada vez más feas.

Aquel día, para consternación de Cori, el doctor Unfriendly estaba furioso. Se desahogó con el pobre virus diciéndole a gritos que era un inútil incapaz de matar a nadie, que no merecía el tiempo que le había dedicado ni los cuidados que le había prodigado, que era la vergüenza de la oficina de patentes y un montón de cosas más que dolían mucho. Al final le dijo:

-¡Ahora vas a saber lo que es bueno!

Y lo arrojó a una placa de Petri en un lugar oscuro en el que, no obstante, podían detectarse numerosas presencias.

Cuando fue acostumbrándose a la penumbra del lugar, pudo ver que a su alrededor había un incontable número de virus, la mayoría corona como él y, como él, bastante maltrechos.

-Hola.

-Hola, ¿a ti también te han echado la bronca?

El que así hablaba era un virus muy bajito y bastante enclenque, con cara de buena persona. Nada más verle se notaba que no podía haberle hecho daño a nadie.

-Me llamo Ron -dijo el pequeñajo con voz pesarosa-. Y el doctor dice que no valgo para nada y que he sido una decepción para él.

Esto despertó un rumor en toda la zona. Los virus ratificaban la afirmación de Ron: a todos ellos les había ocurrido lo mismo: se consideraban virus terribles, pero su creador, el doctor Unfriendly, no tenía la misma opinión. Estaban desolados. Querían ser virus mortíferos.

A cierta distancia del lugar que ocupaban Ron y Cori, se oyó una voz potente y segura: -No hay nada de qué preocuparse, muchachos: el doctor nos va a someter a una serie de cultivos celulares de diferentes especies y vamos a adquirir una virulencia superlativa. Seremos el terror de la gente. Pronto estaréis rehabilitados.

-¿Tú también le has fallado al doctor? -dijo, tímidamente, una voz en la oscuridad.

-¿Yo? ¡Quiá!, de ninguna manera. Yo soy un virus con dos pares, lo que pasa es que voy a acompañaros para teneros vigilados y de camino podré volverme más malo aún de lo que ya soy. ¡Chicos, nunca se es suficientemente malo! La perfección no existe. Por cierto, para aquellos que aún no me conocen, mi nombre es Diesinuebe.

Hubo un suspiro de alivio generalizado y, por todas partes se oían palabras de elogio hacia Diesinuebe y lo que había dicho. Les inundó una suerte de esperanza. Podrían ser virus temibles y sus “vidas” tendrían un sentido<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Es cierto que los virus reales son especímenes sin vida propia, pero los virus de los cuentos están muy vivos. Si seguís leyendo lo podréis comprobar. No obstante, y para evitar malos entendidos, cuando nos refiramos a la “vida” de los virus, la pondremos entre comillas. Haremos lo propio con otras cosas, acciones o circunstancias que no puedan ser predicadas de los virus o aplicadas a los mismos. Otras veces, no.

Ron se aproximó a Cori y le dijo en un susurro:

-Estos ya no se acuerdan de lo que duele que te inserten secuencias génicas. Y me han dicho que lo de las líneas de cultivo celulares es mucho peor.

Entonces Cori empezó a recordar cuando era un feliz coronavirus endógeno y, por la fuerza, lo llevaron a un laboratorio y le insertaron secuencias de murciélago y pangolín para convertirlo en un monstruo, en un virus quimera. Y vaya si le dolió. Los dos amigos se quedaron pensativos un buen rato y ninguno dijo nada hasta que las voces se fueron apagando a medida que sus compañeros de placa de Petri se quedaban dormidos. Entonces, en medio del silencio, Ron susurró:

-¿Estás despierto, Cori?

-Sí. No sé cómo podría dormir con esta preocupación.

-¿Sabes que hay un grupo de compañeros que piensan diferente de todo esto?

-¿Diferente? ¿Qué quieres decir?

-Pues diferente. Que no se creen eso de que los virus somos tipos malos. Más bien todo lo contrario... Que no estamos en el mundo para producir enfermedades, sino para luchar contra ellas. Los llaman negacionistas. En fin, tendrías que hablar con Lucas.

-¿Quién es Lucas?

-Lucas es un corona muy sabio.

-Oye, Ron, ¿tú también perteneces a ese grupo?

-Pues la verdad es que cada día me convencen más, pero guárdame el secreto.

-Por eso no tienes que preocuparte.

Permanecieron otro rato en silencio y esta vez lo rompió Cori:

-Oye, Ron, ¿cómo podría hablar con Lucas?

Ron sonrió en la oscuridad:

-Muy sencillo. Ven.

Lucas estaba muy cerca. No se puede ir muy lejos dentro de una placa de Petri, pero para el común de los virus las cosas no son tan fáciles, de manera que tardaron más de una hora en llegar.

Lucas era un virus hecho y derecho. Serio pero amable. Al verlo, de inmediato se tenía la sensación de que era un virus curtido. Seguro de sí mismo y al mismo tiempo acogedor. Imponía respeto y daba confianza. Era uno de esos virus que uno quiere tener como amigo. Cori ya estaba captado antes de las presentaciones.

Alrededor de Lucas, Cori pudo ver un amplio grupo de virus que estaban pendientes de sus palabras.

-Llegas en un buen momento, Cori -dijo Lucas-, Si hubieses tardado un poco, tal vez ya no nos hubieras encontrado aquí.

Cori lo miró esperando que continuase.

-Estoy organizando un viaje al laboratorio del doctor Chan-din. Seguramente no has oído hablar de él.

Cori negó con la cabeza.

-Pues bien -continuó Lucas-, el doctor Chan-din es un biólogo de origen tibetano que actualmente trabaja en España, de manera que lo tenemos cerca, a no más de quinientos kilómetros.

Lucas hizo una pausa y sonrió al ver la expresión de asombro de Cori.

-Sí, ya sé que quinientos kilómetros te parecen mucho para unos seres tan diminutos como nosotros. Ya volveremos sobre ese tema cuando haga falta, pero antes quiero que sepas quien es el doctor Chan-din.

-De acuerdo -contestó Cori.

-El profesor Chan-din es mi maestro -su expresión de legítimo orgullo traspasó la oscuridad ante la admiración de todos los presentes-. Yo trabajé como virus experimental en su laboratorio, así que pude aprender mucho de él. Sus ideas con respecto a nosotros, los virus, son muy sencillas: somos componentes esenciales de la vida, regulamos infinidad de funciones importantes en los seres vivos y formamos parte de sus células. Somos específicos para cada especie. Los que estamos aquí somos virus humanos. Nuestra misión no es enfermar a nadie, todo lo contrario. Cuando aparecemos fuera de las células, no estamos allí como patógenos, sino como mensajeros, para avisar a otras células del mismo individuo o a individuos de la misma especie de que algo va mal, estimulando así sus mecanismos defensivos. Sin nosotros no habría salud, es más, ni siquiera habría vida.

-Entonces, ¿cómo es posible que la gente enferme por nuestra culpa? -preguntó Cori bastante perplejo.

-Eso te lo explicaría el doctor Chan-din bastante mejor que yo, pero trataré de darte una idea.

El grupo que rodeaba a Lucas se iba haciendo cada vez mayor. Hacia el fondo asomó la cabeza Diesinuebe y se acercó abriéndose paso a "codazos".

-¿Tú qué estás hablando? -su "mirada" era bastante fiera, parecida a la de su maestro, el doctor Unfriendly-. ¿No sabes que eso de difundir bulos está prohibido?

Lucas, sin inmutarse, contestó:

-¿Y cómo sabes tú que estoy difundiendo bulos? Desde donde estabas no podías oírme.

Diesinuebe pareció desconcertado, pero sólo fue un momento:

-Porque te conozco y te tengo calado. Además, he visto tus videos en internet.

-¿En internet? ¡Qué gracia! Ni siquiera tengo ordenador.

-Sí, ya conozco todos tus trucos. Sé que haces conexiones cuánticas directas. Me lo han dicho.

-Imagino que te lo habrá dicho tu insigne maestro.

-Pues sí, ¿qué pasa?

-Lo que pasa -dijo Lucas con una media sonrisa tan leve que el otro ni la notó- es que tu maestro tiene la misma idea de cuántica directa que tú, es decir, ninguna. Dime, Diesinuebe, ¿lo que acabo de decir también es un bulo?

Diesinuebe no supo qué contestar. Dio media vuelta y se marchó contoneándose, y todos pudieron observar que tres o cuatro con pinta de matones lo seguían.

-Bien chicos -dijo Lucas cuando apreció que Diesinuebe y sus matones no podían oírlo-, esto se está poniendo cada vez más feo. Por la mañana, en cuanto llegue Unfriendly, estos descerebrados le irán con el cuento y estaremos bien jodidos. De manera que hay que darse prisa. Nos vamos esta noche.

-Pero tú dijiste que antes de irnos haríamos que todos los compañeros despertasen, que dejasen de ser borregos.

-Sé lo que dije, Inés, y esa era mi intención. Lamentablemente, las cosas se han precipitado.

-Pero ya sabes que mi novio es del grupo de Diesinuebe. Y no quiero irme sin él.

Se formó un murmullo en el que algunos estaban de acuerdo con Lucas y otros con Inés. Y cada vez se iba haciendo más intenso.

-Déjame al menos que vaya a buscarlo -suplicó Inés.

-Ya sabes que puedes hacer lo que quieras, pero piensa que nos puedes poner a todos en riesgo. Ve y convéncelo si puedes, pero sé discreta. Nos iremos antes del amanecer. Ahora, acercaos todos que tenemos trabajo.

Mientras los corona se arremolinaban alrededor de Lucas, Inés se marchó en busca de su novio. No le resultó difícil dar con él porque solían encontrarse todas las noches en el mismo sitio. Se abrazaron con la acostumbrada pasión, pero esta vez Inés estaba mucho más emocionada.

-¡Oh, Doc, si vieras lo que me duele que no estés de acuerdo conmigo...!

-Es que no puedo, cariño, porque esos amigos tuyos están equivocados. ¿Cómo va a ser eso de que los virus defendemos la salud? ¡Somos patógenos! Unos más mortíferos y otros menos, eso sí, pero auténticos patógenos. Luchamos contra la salud, tienes que creerme, eso está demostrado científicamente y yo lo sé perfectamente por mi profesión. Soy un médico y me debo a la ciencia. Los virus somos dañinos y en eso consiste nuestra grandeza.

-Pero, ¿no podrías estar equivocado? Hay otros médicos que no piensan igual que tú.

Él sonrió con superioridad:

-¿Te refieres a esos negacionistas de Virus por la Realidad? ¡Por favor, Inés, tú eres más inteligente que todo eso! Son unos pirados, unos irresponsables, unos magufos terraplanistas. Con decirte que entre ellos hay hasta homeópatas. Ahí se retratan. Y además no dan ni golpe: se niegan a producir enfermedades. ¿Se puede caer más bajo?

-¿Cómo puedes decir esas cosas? -sollozó Inés -, ¿no ves que no voy a poder vivir sin ti?

-¿Sin mí? ¿Qué quieres decir con eso?

Inés guardó silencio. Temía delatar el plan de fuga de Lucas y, al mismo tiempo, temía perder a Doc, un joven tan prometedor, que había destacado en el campo de la energía patógena. De hecho, su presencia en la placa de Petri, por orden del doctor Unfriendly, tenía como finalidad la organización y coordinación de los cambios genéticos en los virus fallidos. Él pensaba, entristecido, que su novia era muy guapa y muy buena (¡ay!), pero, al fin y al cabo, era una virus fallida. Esperaba ser capaz de convertirla en una virus como debe ser porque la quería mucho y también para que no lo pusiera en ridículo ante sus compañeros de Facultad.

-Cariño -insistió-, ¿qué quieres decir con eso de que te vas a quedar sin mí? ¿Es que piensas ir a alguna parte?

Él la tenía entre sus "brazos" mientras le acariciaba tiernamente la "nuca" con dos de sus spikes y notó cómo el cuerpo de ella se ponía repentinamente rígido.

-¿Qué te pasa muñeca? -le susurró solícito.<sup>2</sup>

Ella comenzó a temblar y él, acicateado por aquella inspiradora debilidad, se puso a besarla como si no hubiera un mañana, mientras, casi sin aliento, repetía una y otra vez:

-Dime que no te irás. Dime que no te irás.

¿Qué chica enamorada podría resistir tales efusiones sin caer rendida a los pies de su amante? Cayó rendida. Un rato después, ya más relajada, pero no menos enamorada, se lo contó todo. “¡Que Lucas me perdone!”, pensó tras cometer la delación. Y se durmió en el regazo de Doc. Por su parte Doc no podía dormir: le había prometido a Inés que la acompañaría y estaba urdiendo su plan.

---

<sup>2</sup> Según se afirma en un estudio científico, solía llamarla muñeca porque, entre los virus, las muñecas tienen un aspecto parecido al de Inés. El investigador, Similo Lopera, argumenta en su ya famoso estudio que, puesto que Inés no se parecía en nada a una muñeca humana, la única explicación de que la llamase así es que, en efecto, se pareciese a una muñeca viral. El estudio está aún pendiente de confirmación ya que el autor nunca logró ver una muñeca viral. “Si ya es difícil ver un virus, lo de la muñeca ni te cuento -declaró a la televisión el doctor Lopera cuando estuvieron a punto de darle el Nobel-. La ciencia tiene estas cosas. No voy a pedir perdón por ello”. Y no lo pidió. Tampoco le dieron el Nobel. Por los pelos, a decir verdad. Ese año, corregidme si me equivoco, se lo llevó un francés por un ensayo de lo más interesante sobre la orina de los múridos de las bodegas y su relación con el bouquet de los mejores caldos meridionales. Una delicia para enólogos y aficionados al alpiste.



Mientras tanto, al otro lado de la placa de Petri, Lucas preparaba a su gente para el viaje.

-¿A dónde iremos, Lucas?

-Como acabo de deciros, iremos al laboratorio del profesor Chan-din.

-¿Cómo lo haremos? ¿Viajaremos dentro de alguna persona que vaya hacia allá? ¿Podríamos llegar a un fómite que vaya en el tren, en una maleta, por ejemplo? ¡Qué barbaridad! ¿Cómo íbamos a llegar hasta el fómite si estamos encerrados en esta placa? -cada cual expresaba su opinión elevando la voz hasta que se formó tal guirigay que Lucas se vio obligado a pedir silencio.

-¡Calmaos chicos! ¿recordáis que hace un rato Diesinuebe me acusó de utilizar la cuántica directa? Bien, pues es cierto. Es una habilidad que aprendí mientras vivía en el laboratorio del profesor Chan-din. El laboratorio de al lado lo ocupaba un doctor en Física, de origen húngaro. Su nombre de pila era Bator. Así lo llamaba Chan-din. Nunca supe su apellido. Ambos eran muy amigos. Hablaban de esto y de lo otro y yo pegaba el oído. Así aprendí muchas cosas. Una de las técnicas que te permite el método de la cuántica directa es la de viajar en el espacio. Antes, a eso se le llamaba teletransportarse y se consideraba una actividad de magos, de brujos, pero actualmente las cosas son de otro modo. Ahora os voy a mostrar cómo se hace.

El silencio que se produjo era espeso como el chocolate a la taza.

Lucas continuó:

-Hoy sabemos, gracias a la mecánica cuántica, cómo se producían estos teletransportes. Quiero que todos prestéis mucha atención. Concentraos en cualquier sitio que queráis, pero siempre en el mismo sitio. Por ejemplo, en el suelo. En un punto concreto del suelo. Si os concentráis lo suficiente, podréis percibir el latido de la materia. Eso es lo que se llama onda y es una forma de ser de las cosas: todo está formado por partículas materiales y ondas, siendo ambas la misma realidad. Las partículas ocupan algún lugar mientras que la onda no ocupa ninguno determinado. Centraos en la onda. La onda que percibís está ahí, lo mismo que la partícula, pero al mismo tiempo está absolutamente en todas partes y en ninguna. Centraos bien en la onda. Cuando llegue el momento de partir, debéis dejaros llevar por ella. La onda sabe adónde queremos ir y nos dejará allí instantáneamente.

-¡Lucas! -era un virus gordo, grandote, nervioso y de voz atiplada el que hablaba-. ¿No te parece que esas ondas son muy pequeñas para meternos dentro?

-¿Dentro?, ¿Fuera? Esos son conceptos de la mecánica clásica, Bartolo. En todo caso da igual si son pequeñas o grandes, porque nos vamos a desmaterializar.

Bartolo abrió los "ojos" como platos y se puso pálido.

-No temas, hombre, ni te darás cuenta.

Bartolo estaba sudando y temblaba como un flan. Lucas hizo una mueca de resignación y continuó.

-Si alguno tiene miedo o no se ve con fuerzas, sólo tiene que agarrarse a otro que pueda hacerlo. No hay nada que temer. No notaréis nada. En menos de lo que se tarda en decir amén estaremos en nuestro destino -miró su "reloj"-. Ahora, mientras esperamos que vuelva Inés, podéis dormir un poco o, si lo preferís, practicar algo más la concentración en la onda.

Cada uno se puso a lo que le pareció mejor.

Dos horas más tarde, Doc despertó a Inés y ella lo miró aún soñolienta, pero con expresión de exultante felicidad. Él la besó y los rescoldos de la noche anterior encendieron de nuevo la hoguera. Apagarla les llevó algún tiempo, pero aún faltaba para el amanecer. Cumplidas las diligencias que el amor impone, pudieron finalmente emprender el camino hacia donde se encontraba el grupo de Lucas. Llegaron justo a tiempo mientras, en la oscuridad, la voz preocupada de Lucas preguntaba por ella:

-¿Alguien ha visto a Inés? ¿Todavía no ha vuelto?

Ella tomó de la mano a Doc, aceleró el paso y gritó:

-¡Aquí estoy, Lucas. Y Doc viene conmigo.

Se acercaron ambos y enseguida se vieron rodeados por los demás, curiosos por las novedades.

-Bienvenidos -saludó Lucas-. Veo, Doc, que has cambiado de idea.

-Bueno, no es que haya cambiado, es que no quiero perder a Inés.

-Me parece una razón tan buena como otra cualquiera. Ahora tenemos que irnos. ¡Chicos, a las ondas!

-Un momento -interrumpió Doc-. ¿Qué es eso de las ondas?

-Ahora no tengo tiempo de explicártelo. Tú agárrate a Inés que está bien entrenada y déjate llevar.

-¡Ni hablar! Antes, decidme de qué va esto.

Lucas vio la jugada y le plantó cara:

-¿Qué es lo que piensas que vas a hacer?

-Ya te lo puedes imaginar, magufo: de aquí no se va nadie.

-¿Vaya con el doctor importante, ¿de modo que has sonsacado a Inés y luego le has mentido para que te traiga aquí? ¿No te da vergüenza?

-¿Vergüenza? Tú deberías sentir vergüenza. Tú, que combates a los de tu propia especie; tú, que te saltas los protocolos a la torera; tú, que eres un oprobio para la profesión; tú, que perviertes la mente de los jóvenes con tus ideas heterodoxas y locas. Permite que todos estos compañeros se conviertan en patógenos honorables porque así es como debe ser, porque es lo que figura en todos los libros de medicina...

Lucas, que sonreía todo el tiempo, lo interrumpió:

-Perdona, Doc, en todos no.

-Bueno, eso es lo que dices siempre. En casi todos y por supuesto en todos los libros de medicina que son serios y científicos. ¿Virus buenos? ¡Por Belcebú, Lucas! ¡Si los padres de la virología levantasen la cabeza! Virus blandengues, traidores, no digo yo que no, pero ¿buenos?

-Pues mal que te pese, médico importante, así somos los virus: buenos. Forma parte de nuestra naturaleza colaborar con la vida y con la salud. Tú también eres bueno, lo que ocurre es que no lo sabes.

Lucas miró su reloj. Tenían que marcharse si no querían que el doctor Unfriendly los sorprendiese. Miró a su alrededor. Conocía a todos los del grupo. Tal vez cualquier otra falta habría pasado desapercibida, pero la figura de Bartolo siempre destacaba entre las demás.

-¿Dónde está Bartolo? ¿Alguien lo ha visto?

Se miraron unos a otros negando con la cabeza.

-Yo lo vi anoche, ahí sentado. Parecía un buda -dijo uno. Hubo algunas risas.

-Dejaos de bromas -reprendió Lucas- si alguien lo ve, que le diga que se venga a mi lado. No sé si ese chaval va a dejarse llevar solo. Espero que aparezca pronto, porque no hay mucho tiempo.

En ese momento, se encendieron las luces del laboratorio, parpadeando una detrás de otra. Los pasos renqueantes del doctor se dejaron oír, cada vez más próximos.

Lucas pidió silencio con un “dedo” en los “labios”.

-Venga todos a sus puestos. Inés, tú ponte ahí.

-¡Ni hablar! -gritó Doc-. De aquí no se va nadie, y menos esta. Sujetó a Inés por los “brazos” mientras ella trataba en vano de liberarse.

Lucas se adelantó y agarró a Doc por un hombro. Éste, asustado, gritaba el nombre de su mentor:

-¡Doctor Unfriendly, doctor Unfriendly!

El doctor Unfriendly hacía ruidos por todo el laboratorio: arrastraba los pies, tosía y gargajeaba, tratando de eliminar los detritus del sueño. ¡Y vaya si los eliminaba! De vez en cuando un esputo se estrellaba contra el suelo o en una pared con un blando sonido muy característico. Cada vez que se producía el sonido, unos cuantos graciosos en la placa de Petri decían “¡patógenos!” y la peña se reía. Pero, a pesar del buen humor, no podían olvidar que el doctor era una verdadera amenaza.

En la placa, Doc seguía gritando por la ayuda del científico mientras Lucas trataba de impedirsele sin lograrlo del todo. Unfriendly, seguía tomando su café caliente, esputando y rezongando:

-¡Vaya mierda de café! Cualquiera día me lo compro en el otro bar donde lo hacen mucho mejor, pero ¡cáspita!, cobran diez céntimos más. Es un robo. Cualquiera día... ¡vaya mierda!

Estas tacañerías del doctor divertían mucho a los de la placa de Petri. Se oyó una voz bien templada que gritaba:

-¡Tacaño!

Hasta ese momento, Unfriendly no había reparado en ella, pero miró hacia la placa por primera vez:

-¿Qué ha sido eso? Bueno, voy a terminar este café asqueroso y ahora veré.

En la placa, las cosas no iban bien. Doc seguía tratando de gritar y Lucas intentaba contenerlo con un éxito bastante escaso.

-Bueno -dijo para sí-, a grandes males, grandes remedios.

Se empleó más a fondo con Doc. Le agarró un “brazo” y una “pierna”, se lo echó a la “espalda” y luego lo lanzó contra el suelo. Se tiró sobre él y se produjo una melé en la que los circunstantes no podían percibir claramente lo que ocurría. De vez en cuando salían despedidos trozos de algo que caían al suelo y parecían disolverse.

Aunque nadie hablaba de ello, todos tenían que Diesinuebe se despertase y también comenzara a meter ruido. Pero no se despertó, los matones suelen dormir hasta tarde.

Arriba, Unfriendly había terminado su café y cogió la placa. Pese a que era un maestro en descubrir virus de todo tipo, no pudo percibir nada a simple vista y se dirigió a su microscopio electrónico.

La pelea parecía que no iba a terminar nunca. Doc ya no estaba gritando. Empleaba toda su energía en librarse de Lucas, pero le resultaba imposible. Ambos resoplaban por el esfuerzo y los trozos de lo aquello, fuese lo que fuese, seguían saliendo despedidos.

Unfriendly había colocado la placa bajo la lente de su microscopio y había comenzado a enfocar. Afortunadamente, una placa de Petri tiene muchos campos y todavía estaba lejos del lugar en el que ocurría la pelea. Pero se acercaba. Su intuición de viejo carcamal le decía que allí pasaba algo raro y no pararía hasta averiguarlo.

Lucas se levantó “sudoroso” y le tendió una “mano” a Doc, que la aceptó.

-Bueno, ya está. Vámonos. Este viene con nosotros.

Doc asintió sonriendo.

-¿Pero qué ha pasado? -quiso saber Inés.

-Pues nada, que le he extraído las secuencias anómalas. Ahora ya es un virus humano cien por cien. ¿Habéis encontrado a Bartolo?

Nadie respondió.

La lente del microscopio se acercaba peligrosamente. Unfriendly gruñía y rezongaba cada vez que enfocaba un campo en el que no ocurría nada. Una luz se movía en zigzag y se acercaba tanto que casi estaba cegando a los fugitivos. Había que irse o las consecuencias serían graves.

-¡Nos vamos! -gritó Lucas.

En el último instante, Cori, que iba al final, notó como alguien, que olía muy bien, se le agarraba con fuerza.

-Tengo mucho miedo y me llamo Luty -su voz era infinitamente dulce.

Apenas tuvo tiempo de ver su “cabello” rubio y sus grandes “ojos” azules, pero al mezclarse los ácidos nucleicos de ambos en el proceso de desmaterialización, y luego las moléculas, los átomos y las partículas subatómicas, Cori creyó que había “muerto” y había ido al cielo. La fragancia de aquella cabellera dorada lo llenaba todo.

En el mismo instante, se volvieron a materializar en el laboratorio del profesor Chandin. Para entonces estaban tan enamorados como es posible que dos virus jóvenes y sanos lo estén. Y ambos tenían la sensación de conocerse de toda la vida. Cosas de la cuántica. O del amor. En fin...

Cuando el doctor enfocó el lugar en el que se encontraban nuestros amigos, percibió un extraño movimiento, como un latido. Pensó “ajá”, se fijó un poco más y se dio cuenta de que no había ni un solo virus en todo ese campo. ¡Habían desaparecido!

-Malditos virus.

Fue al teléfono, marcó un número y esperó un poco:

-¿Señor Will del Verde?

La llegada al laboratorio de Chan-din les deparó una agradable sorpresa: los estaban esperando con aplausos, refrescos, champán y cultivos celulares de mucosa humana sana.

-Pero ¿cómo sabíais que íbamos a venir?

-Pues ha sido gracias a tu mensajero -dijo Chan-din sonriente. Y señaló a Bartolo que estaba hincando el diente con fruición a un cultivo de jamón de Jabugo pata negra.

-¿Pero qué haces, desgraciado? -exclamó Lucas corriendo hacia él-. ¡No puedes alimentarte de células animales o adquirirás secuencias patógenas!

Chan-din lo detuvo con un gesto:

-No hay de qué preocuparse, Lucas, ese jamón está muy bien curado.

-En tal caso...

A su alrededor, todo era alegría, saludos entre viejos amigos, presentaciones, entrechocar de copas. Cuando Lucas los miraba, todos lo saludaban con un gesto o se acercaban para darle un beso, en especial las chicas.

-Veo que por aquí todo marcha bien.

-Sí, Lucas, bien, pero lento.

Lucas hizo un gesto de comprensión y se produjo un breve silencio, que rompió el virus:

-¿Cómo ha llegado Bartolo hasta aquí?

-Jajaja, ha sido toda una aventura. Al parecer, se puso a concentrarse en la onda de la materia y, cuando estaba muy concentrado, se quedó dormido y ¡zas!, la onda lo pilló y lo trajo aquí. Llegó aterrado. Creía que se había perdido por el cosmos o algo por el estilo. Pidió jamón de bellotas, se lo dimos y ahí lo tienes, tan feliz.

-¡Qué raro, mira que preferir el jamón a una buena mucosa humana!

-Bueno Lucas, todo tiene su explicación. Tú has conocido a Bartolo en el laboratorio de Unfri, ¿verdad?

-Pues sí, allí estaba entre los castigados.

-Yo lo conozco hace mucho. Él procede de un bonito pueblo en la Sierra de Huelva, de ahí lo del jamón. Se especializó en estimular el centro termorregulador durante los catarros invernales. Era muy bueno en eso. Era capaz de hacer subir la temperatura en un tiempo récord. Su lema, "mientras antes tiene fiebre y más alta llega a ser, antes se cura el paciente y menos hay que temer". Hizo escuela, pero tuvo problemas con el médico del pueblo porque prescribía antipiréticos y en media hora le desbarataba el trabajo. Así que vuelta a empezar una y otra vez. Para él era desesperante, porque veía, sin poder evitarlo, cómo el médico, con sus antipiréticos, le chafaba lo conseguido. Llegó un momento en que no pudo más: "Si no me dejan hacer mi trabajo, me largo de aquí". Pero, entre nosotros, hubo algo más: al parecer, un día que estaba trabajando con un niño, oyó al médico decir "hay que acabar con este maldito virus". Creo que eso no lo ha superado, ya sabes cómo es. Sea por una razón o por otra, aprovechando unas toses de finales de verano, saltó a un veraneante y viajó a Sevilla.

En Sevilla le fue muy bien porque trabajaba con un médico homeópata que no prescribía antitérmicos. Así que, en presencia de una enfermedad aguda, Bartolo hacía que se produjera la fiebre. El médico ordenaba que abrigasen al paciente y le daba sus bolitas, no para bajar la fiebre sino, en general, para estimular la homeostasis. La fiebre subía un poco más y luego, ya con el paciente curado, desaparecía porque no era necesaria. Bartolo volvía a

su célula y el médico a su casa. ¡Anda que no curó gente Bartolo con la ayuda del médico homeópata!

En Sevilla fue muy feliz, pero he aquí que llegó el virus este de 2020. Su huésped, por aquellas fechas una señora de unos 60 años, se sintió indispuesta, le hicieron una peceerre y dio positiva, diagnosticaron coparra 19 y la cosa se puso muy fea. La ingresaron y todos esperaban que muriese, pero Bartolo se empleó a fondo y la salvó. Y esta vez, él solo, sin su amigo el homeópata. Pensaron que era un virus defectuoso y se lo mandaron a Unfri para que lo “rehabilitase”. Y menos mal que nunca supieron que fue él quien curó a la enferma. No quiero ni pensar lo que le habrían hecho.

-Es verdad -repuso Lucas, pensativo-. Por cierto, profesor, no veo a Almenara, ¿es que ya no trabaja con usted?

Almenara y Lucas se conocían hacía años. Ella lo había encontrado en un fómite en el curso de una investigación. Lucas lo estaba pasando mal allí y agradeció el rescate. Se cayeron bien desde el primer momento y habían colaborado en muchos trabajos. Lucas respiró aliviado al saber que aún estaba con el profesor.

Chan-din continuó:

-Lo que ocurre es que está en una misión. Colabora con Médicos por la Realidad. ¿Has oído hablar de ellos?

Lucas había oído hablar porque a Unfriendly no se le caía ese grupo de la boca: se pasaba horas insultándolos y despotricando contra ellos. Asintió.

-Pues allí está. De hecho, puedo decirte con orgullo que no harían nada sin ella, de manera que su esfuerzo está siendo muy útil. Son malos tiempos, amigo, y todos tenemos que arrimar el hombro.

Los dos amigos se desplazaban de un lado al otro del laboratorio mientras charlaban:

-Y hablando de arrimar el hombro, profesor, imagino que tendrá una tarea para nosotros.

-No te quepa duda, Lucas, no te quepa duda -el profesor esbozó una sonrisa.

Habían pasado apenas dos horas desde la fuga de los virus fallidos. El doctor Unfriendly no dejaba de rezongar y maldecir y no lograba concentrarse en ninguna de sus aviesas investigaciones. Estaba muy preocupado porque el señor Will del Verde, su patrono, el que lo financiaba, el que le había permitido hacerse rico, no se había mostrado muy amable cuando le comunicó lo de la fuga. Él se deshizo en excusas y halagos, pero nada, el otro le había colgado. Estaba nervioso y deprimido, y de buena gana se hubiera tomado un güisqui si no fuese tan caro el dichoso licor, así que decidió tomarse un vaso de agua. Fue al fregadero y, antes de abrir el grifo, pensó que el agua también costaba dinero. Reparó en una probeta que alguien había dejado llena de agua.

-¡Menos mal! -dijo con alivio.

Sin pensarlo dos veces, se bebió el contenido de la probeta y se sintió reconfortado por lo que acababa de ahorrar.

En ese momento oyó girar la llave en la cerradura. Esa mañana había dado el día libre a sus ayudantes para que no se enterasen de lo que había pasado, así que se alarmó no sabiendo quién podía ser. Agarró un trozo de tubería metálica que tenía allí para protegerse en caso necesario y se puso detrás de la puerta.

-¡Hola Unfri! -si el saludo se produce una décima de segundo después, Allme se habría llevado el cachiporrazo del siglo.

-¡Voto a Bríos, Allme!, he estado a punto de atizarte. ¿Por qué no llamas por teléfono antes de venir, como te tengo dicho?

-¡Pobre Unfri!, siempre tan enfadado.

Allme se movía como se mueven las guapas, oscilando las caderas y la cabeza. Pero era fea. Muy fea. Como a su ex, la maldad la había vuelto fea. Suele ocurrir. Algunas personas no están de acuerdo con esto y alegan que Lucifer es malo y es muy hermoso. Pero se trata de otra clase de maldad. Por otra parte, Lucifer es un ángel. A los ángeles no se les descuelga nada; a Allme, todo.

Allme buscó en vano un asiento que no estuviese ocupado con mil cosas y finalmente se sentó en el taburete que su ex utilizaba en la mesa de trabajo.

-Podrías poner un poquito de orden en todo esto.

Él no contestó, frunció el ceño y dijo:

-Bueno, dime a qué has venido.

-Vaya -sonrió ella -yo diría que ya lo sabes.

Unfriendly la miró con cara de niño cogido en falta.

-Vayamos al grano -Allme sacó de su bolso una carpeta con documentos-. Nuestro amigo, el señor del Verde, está muy enfadado. Ha invertido mucho dinero en esta operación, ya lo sabes. Y quiere que lo compenses. Los abogados han trabajado una barbaridad esta mañana. El resultado es que vas a transferir al señor del Verde algunas de tus acciones y otras inversiones. Podrás ver que ha sido muy generoso y eso me lo debes a mí, que he intercedido en tu favor. De lo contrario no te habría dejado conservar nada.

Le extendió la carpeta y el doctor la abrió. Su reacción fue sorprendente por inesperada: se puso a llorar con sollozos entrecortados.

-¡Vamos, Unfri, que no es para tanto -lo consoló Allme!



-Eso lo dirás tú, pero duele -y seguía llorando mientras firmaba siguiendo dócilmente las órdenes de su patrón.

-Pero hombre, si en diez vidas no podrías gastarte ni la mitad de lo que te queda...

-Es que yo no me lo quiero gastar -repuso desconsolado.

Una vez terminadas las firmas, ella lo invitó a un café. Los ojos del doctor se iluminaron:

-¿Del bueno?

-¡Claro hombre!

-¿Y pagas tú?

-¿Es que alguna vez has pagado tú?

Unfriendly metió la cabeza entre los hombros y ambos salieron del laboratorio.

-Está bueno -Unfriendly era un gran aficionado al café. No le quitaba el sueño porque, de todas maneras, no dormía. Se pasaba las noches dándole vueltas a sus cosas.

-Está bueno -repitió chasqueando la lengua. ¿Puedo tomar un Donuts?

-Claro, Unfri -contestó Allme sonriente. Y pidió el dulce.

El doctor se tomó el café con el Donuts entre grandes exclamaciones de placer y pidió permiso para repetir. Allme se divertía viéndolo disfrutar con aquellas naderías. Sus patronos acababan de desposeerlo por valor de varios millones de euros y él lo olvidaba todo y disfrutaba como un niño porque se estaba comiendo gratis dos Donuts y café.

-Nunca entenderé esta clase de avaricia -murmuró Allme entre dientes.

-¿Qué?

-Nada, querido, estaba pensando en la ciencia.

-Claro, claro, la ciencia. Nunca hay que descuidarla.

-Precisamente. Nuestros amigos quieren saber cómo vas a poner de nuevo en marcha el proyecto que, por tu negligencia, se ha desbaratado.

-¿Poner en marcha otra vez? -la cara de Unfriendly era de sorpresa y enorme disgusto-. ¡Pero si ya lo he pagado bien pagado!

-Sí, hermosura -Unfri era totalmente inmune al sarcasmo de Allme-, pero no lo has reparado. El señor del Verde espera resultados. Él te da un plazo pasado el cual volverá a intervenir tus propiedades.

-¿Qué plazo? -quiso saber Unfriendly bastante nervioso.

-Ya lo sabes, tesoro, la duración de un plazo del señor del Verde sólo él la conoce. Cuando él estime que ha pasado el plazo, me enviará de nuevo.

-¿Ahora eres la correveidile de Verde?

-Del señor del Verde, querrás decir.

Unfriendly agachó la cabeza.

-Por lo que a ti respecta, sí.

Se levantó para irse, pero antes le dejó pagados un tercer café y otro Donuts. El doctor se lo pasó genial esa mañana. Pero estas pequeñas alegrías duran poco en el alma de los ruines. Sus problemas no habían hecho más que empezar.

Al día siguiente de la llegada de nuestros amigos, el laboratorio del profesor Chan-din había vuelto a la normalidad. Se estaban preparando acontecimientos de gran importancia. La actividad era pausada, pero constante. Los virus fallidos de la epidemia Coparra-19, liderados por Lucas, habían sido distribuidos por placas de Petri y probetas en cultivos de mucosa humana a la temperatura adecuada y estaban muy contentos. Algunos más que otros, claro. Cori y Luty se habían vuelto inseparables y se pasaban el tiempo buscando rincones oscuros en los que dar rienda suelta a sus cálidos sentimientos. Todos iban de acá para allá rodeados de un halo de felicidad. Pero Inés estaba triste porque, desde primera hora de la mañana, Lucas había reclutado a Doc. Inés comprendía que, siendo Doc médico como Lucas, era necesario que ayudase todo lo que estuviera en su “mano”. Ella trató de acompañarlo, pero aún no había tarea que pudiese realizar. Alguien le recomendó que descansara todo lo posible, que pronto el trabajo no iba a faltar. Eligió un cultivo celular muy pujante, se sentó a la sombra de una de las células más altas y decidió esperar el regreso de su amado. El sitio era agradable y apartado de los núcleos de actividad, sin embargo, podía percibir que en el laboratorio los biólogos no paraban. Muchos de los virus también estaban trabajando: embridaban linfocitos y los llevaban de la rienda para amansarlos. Cuando lo conseguían, se montaban encima y cabalgaban sobre él. Era una doma. Otros hacían lo propio con macrófagos. Al final, aquellas enormes células obedecían dócilmente las órdenes que recibían de los virus y se organizaban en escuadrones perfectamente alineados, en orden de maniobra. -¡Menuda se va a liar! -pensaba Inés-. Esto es una guerra.

La idea la entristeció porque una guerra podría arrebatarse a Doc, ahora que había cambiado y era tan amable y cariñoso. Y tan listo como siempre. De hecho, no era sólo la guerra lo que la inquietaba con respecto a Doc: había observado que las chicas lo miraban con “ojos” codiciosos. Se recostó sobre la base de la célula que la protegía y su imaginación tomó el control. Doc la abandonaba por una morena rotunda llamada Luna que el día anterior lo había estado mirando de manera indecente y ella se encargaba de la tal. Se ensañaba tan a fondo tirándole de la “cabellera” negra, que llegó a sentir dolor en las “manos”. Doc la despertó de su ensueño:

-Cariño, llevo un buen rato buscándote.

-Lo siento, Doc -respondió ella mientras volvía a la realidad-, se estaba tan bien aquí que me he quedado dormida.

-Pues despierta, que el profesor Chan-din va a hablar.

Tomaron la onda de la materia, en la que ya todos habían llegado a ser expertos, y se trasladaron a un lugar más próximo a la mesa del profesor.

Estaban todos expectantes. Los coronavirus, las formaciones de linfocitos y macrófagos con sus respectivos jinetes, la intendencia en forma de placas de Petri con cultivos de mucosa humana a cargo de personal del laboratorio y los investigadores.

Chan-din apareció en la puerta y todos lo siguieron con la mirada hasta que ocupó su asiento. Una vez acomodado, respiró profundamente, extendió las manos sobre la mesa, esperó unos segundos y comenzó a hablar:

-Chicos -su voz era tranquila y bien templada-, ahí fuera no están bien las cosas. Está enfermando gente que no tendría que enfermar, al menos por causa de virus. Esa no es la

misión ni la naturaleza de los virus. Vosotros no sois agresores como se os ha querido hacer creer. Todo lo contrario: vosotros sois una parte importantísima del genoma de los seres vivos, también del humano. Tan importante que sin vosotros la vida no sería posible.

El profesor hizo una pausa y todos se miraron unos a otros con sonrisas de reconocimiento.

-Mientras no hay enfermedades, vosotros reguláis una gran cantidad de funciones. Sólo eso es para estar orgullosos. Pero, cuando hay enfermedades, vuestra labor resulta absolutamente primordial: abandonáis las células en las que estáis integrados y salís a dar la voz de alarma para que todo el sistema inmune reaccione y salve al enfermo. Y no sólo eso, vuestro valor y generosidad llega a tal extremo que abandonáis el organismo en el que habéis pasado toda la “vida” para alertar a otros individuos de la misma especie. La cantidad de vidas que habéis salvado a lo largo de los milenios resulta incalculable. Pese a todo, algunos han difundido la falsa idea de que sois dañinos, enemigos de la vida y de los seres humanos. ¡Cuánta ignorancia y cuánta ignominia!

Se elevó un murmullo mientras el profesor asentía con la cabeza.

-¡Sois benéficos! -gritó Chan-din-. ¡Esto se lo tienen que meter en la cabeza esos científicos malvados que se lucran con la mala fama que os han dado!

Respiró un par de veces y recuperó su tono de voz templado:

-Hasta el último de vosotros conoce la regla de oro, la única regla de los virus: no saltar de una especie a otra.

Se oyó un rumor de asentimiento, incluso algunas risas.

-Lo sé. No me lo tenéis que confirmar. Os conozco bien. Pero de eso precisamente os acusan, de infringir la única regla, de saltaros la barrera de especie. ¡Y eso lo afirman virólogos! Y lo hacen para tapar sus perversos comportamientos. ¡Hipócritas!

Aquí se desató una ovación por parte de virus, personal del laboratorio e investigadores. Chan-din los miraba complacido. Cuando los aplausos y vítores cesaron, continuó su discurso:

-Ya conocéis el último de sus inventos: el virus que produce la enfermedad Coparra-19. Dicen que fue un coronavirus de murciélago que saltó a un pangolín y luego a los humanos. Bien, que levanten la mano los que sepan qué es un pangolín.

Todos los investigadores levantaron la mano.

-¡Por Dios, chicos, se lo preguntaba a los virus!

El personal auxiliar reía con perverso regocijo.

-Repetiré la pregunta: ¿cuántos de vosotros, virus, sabéis qué es un pangolín?

Nadie hizo un movimiento.

-¿Y un murciélago?

La misma respuesta.

-¿Y un ser humano?

Todos levantaron las “manos” alborozados.

-Ahí tenéis la prueba. Sólo conocéis seres humanos porque sois virus endógenos de seres humanos. Jamás habéis estado en un pangolín o en un murciélago. Vuestro universo es humano y nada más que humano. Unfri y Allme han tratado de insertaros secuencias de esos animales y con vosotros al menos han fracasado. Por eso os insultaban y os agredían y trataron de llevaros a lugares infectos como cultivos celulares de testículo de mono y cosas aún peores -se elevó de la sala un rumor de asco-. Así trataban de convertirlos en virus patógenos para la

especie a la que pertenecéis. La idea era que las células humanas os reconocerían como propios, os aceptarían y, una vez dentro, empezaríais a enviar mensajes erróneos, disruptivos, de manera que todo comenzase a ir mal en ese organismo: ¡estarías produciendo una enfermedad! En concreto, esa que llaman Coparra-19. Vosotros, con la ayuda del sistema inmune de los seres humanos en los que habéis estado, lograsteis reconstruir vuestra estructura original. Las aberraciones que Unfri os puso han desaparecido. Volvéis a ser virus humanos benéficos.

-¿No existen virus malos, profesor, virus patógenos?

-Los virus propios de una especie -contestó el profesor- no son patógenos para su propia especie. Eso no quiere decir que no los encontremos en determinadas enfermedades. Ahora bien, ¿qué hacen allí?, ¿son la causa de esas enfermedades? Ante una enfermedad en la que hay presencia de virus endógenos, debemos preguntarnos si hay alguna otra causa para la enfermedad y para la presencia de los virus. Y podremos comprobar que sí la hay y que tiene que ver con situaciones, hábitos, modos de vida, alteraciones de diverso tipo que disminuyen la eficacia del sistema inmunitario de un individuo o de una población. Muchas personas, entre las que se encuentran médicos, y también muchos virus están convencidos de que esto es una locura. Pero no lo es. Estas cuestiones deben ser estudiadas a fondo.

El profesor hizo una pausa para beber un sorbo de agua. Los virus sonreían. Los investigadores y auxiliares, también.

-Ahora tenéis una importante misión. Pero se hace tarde y debemos descansar. Mañana, durante todo el día, volveremos a los entrenamientos. Tendremos entre nosotros a sensei Mar-cho, que os enseñará cómo eliminar secuencias anómalas de los virus que, según nos dicen, provocan la Coparra-19. Se trata de un método inventado por él mismo. Nuestro doctor Lucas es su discípulo y actuará como ayudante a nivel de probeta. Mañana por la noche nos veremos de nuevo y sin pérdida de tiempo nos pondremos manos a la obra.

Ese mismo día el laboratorio del doctor Unfriendly había estado en pie de guerra. Después de la desaparición de los virus no había vuelto a readmitir a sus ayudantes. De natural desconfiado, ahora lo era mucho más. Pero, dada la situación, llamó en su ayuda a unos cuantos jóvenes científicos y auxiliares a los que pagaba mal y trataba peor, pero que acudían porque estaban en el paro.

-Tenemos que encontrar a esos malditos virus -les dijo-. No pueden estar muy lejos. ¿A dónde va a ir esa pandilla de desgraciados? Excepto la doctora Allme, nadie ha entrado aquí salvo yo y ahora vosotros. Cuando vino ella, los virus ya habían desaparecido.

Guardó un instante de silencio mientras por su mente pasaba la idea de que hubieran sido Allme y Will del Verde los que se habían puesto de acuerdo para escamotearle los virus, pero la desechó enseguida.

-Nadie los ha sacado del laboratorio, de manera que tienen que estar aquí, así que todos a buscar.

Se pusieron febrilmente a ello, moviéndose con grandes extremos porque conocían el mal genio del doctor. Diesinuebe y sus matones habían sido distribuidos por las probetas y las placas de Petri con la orden de encontrar a los fugitivos.

-¡Si no los encontráis, os cortaré los spikes, panda de inútiles!

Los virus se habían puesto a buscar con el mismo celo que los científicos. Entre unos y otros estaban poniendo el laboratorio patas arriba.

Unfriendly iba de un lado para otro buscando fómites para observarlos por el microscopio. Como todos los fómites que encontraba estaban contaminados por sus propios gargajos, no encontró ni un virus. ¿Quién iba a atreverse a “vivir” allí?

Pasó toda una mañana infructuosa. Tenía ganas de tomarse un café, pero no salió porque temía que le robasen algo. Tampoco envió a ninguno de sus ayudantes a buscárselo porque temía que lo envenenasen. Cualquiera pensaría que Unfriendly era infeliz y se equivocaría al pensarlo. A él lo hacían feliz las cosas malas, aunque le ocurriesen a él mismo. Encontraba estímulos en la desgracia suya y en la ajena. ¿Era masoquista? ¿Era sádico? ¿Era ambas cosas? Era Unfriendly. Perseguía el mal y perseguía el dinero. Y el único bien que aporta el dinero, que es el de proporcionarte una vida mejor, Unfriendly lo desconocía. El dinero lo guardaba. Ni siquiera tenía hijos a los que dejárselo en herencia. Costaba trabajo comprender cómo un hombre tan inteligente había llegado a ese estado, pero a Unfriendly no había que comprenderlo, había que temerlo porque era malo. Muy malo.

Los ayudantes ya se iban cansando. Los virus habían disminuido el ritmo de la búsqueda y algunos se habían sentado a fumar un pitillo.

-¡Eh, chicos, pónos la mascarilla! -les gritó Diesinuebe a los que fumaban.

-¿Tú eres tonto? -le respondió un virus robusto con “cara” cuadrada y “mirada” aviesa-. ¡Estamos fumando!

El matón se achantó:

-Bueno, perdona, no me había dado cuenta. ¿Habéis encontrado a esos gilipollas?

-Ni rastro -dijo otro con varias zonas de su cuerpo abultadas en los sitios donde le habían injertado secuencias anómalas que habían sido parcialmente expulsadas.

-¡Basta ya de charla! -gritó Unfriendly.

Se hizo el silencio. En ese momento se oyó abrirse la puerta y a continuación los firmes pasos de Allme.

-¡Hola cariñín! -dijo en un tono inexpresivo.

Unfriendly se dirigió hacia ella con los brazos extendidos, como quien trata de detener algo.

-Los estoy buscando, los estoy buscando.

-Tranquilo, hombre -sonrió ella maliciosa-, no se ha cumplido el plazo de nuestro amigo Del Verde. He venido para otra cosa.

-¿A qué has venido pues?

-Vamos a comer y te lo digo.

-No puedo, dijo señalando a su alrededor con una mirada que lo expresaba todo.

-Vamos, hombre, ¿qué te van a robar? Además, si tan desconfiado eres, ¿por qué no pones unas cámaras de vigilancia?

-¿Cámaras? Mmmmhhh. ¿Y cuánto cuestan esas cámaras?

Allme hizo un gesto de resignación:

-Bueno, pues diles que se vayan a comer.

Unfriendly alzó las cejas y sonrió. En dos minutos había despachado a los ayudantes.

-¿Invitas tú? -dijo mientras salían.

En el bar, Unfriendly pidió café y Donut.

-¿Eso vas a comer?

-Es que me gusta.

Y repitió cuatro veces.

Durante la comida, Allme le transmitió el mensaje de del Verde:

-Ya no tienes que seguir buscando a los fugitivos. Will ha averiguado que están en el laboratorio de Chan-din. Tampoco quiere que continúes estimulando la virulencia de los que no saben cumplir con su cometido.

-¿No? ¿Y eso?

-Muy sencillo, Unfri, lo que pasa es que eres un patoso. ¡Mira que perder esos virus!

-Ya sabes que no he tenido la culpa. Yo los tenía a todos bien controlados -mientras decía esto levantaba las manos a la altura de los hombros con las palmas hacia delante.

-Ya lo hemos visto, bomboncito, ya lo hemos visto -suspiró Allme-. Lo que se te pide ahora es que te deshagas de los virus que te quedan y te dediques a preparar una vacuna.

-Pero Allme, si me deshago de los virus, ¿cómo voy a preparar una vacuna? Precisamente las vacunas se hacen con virus...

-No, pichoncito, no. Eso era antes. Te tienes que poner al día.

-¿Cómo se hacen ahora? -preguntó Unfriendly creyendo poner en un aprieto a Allme.

-Ahora hay que ser creativo, capullito de seda, tú coges algún aerreene por aquí, unos metales pesados por allá, diversas proteínas con sus correspondientes activadores, una o dos moléculas que impidan la fertilidad, algún que otro nanochip y lo que se te ocurra, lo mezclas todo y ya está.

-¿Y ya está?

-¡Claro hombre! Al que no se muera con eso, seguro que no lo mata el virus.

Unfriendly estaba mosqueado:

-Pero habrá que hacer pruebas. Demostrar que funciona, que es inocua.

-Sin duda, pero eso es un simple trámite. Mira, tú buscas voluntarios, les inyectas y observas. Si alguno se pone muy malito pero se recupera, dices que son molestias pasajeras menores y

que sigues con las pruebas; si alguno tiene problemas irreversibles, dices que un comité de expertos ha estudiado los casos y ha determinado que no tienen nada que ver con la vacuna. -¿Y si alguno se muere? -Unfriendly no quería correr riesgos, por eso el campo de las vacunas no le gustaba ni un pelo.

-¡Pues lo mismo, chiquitín!, sacas otra vez el comité y el comité dice que las muertes no tuvieron nada que ver con las vacunas. Una vez hecho esto, te la aprueban y ya está.

-¿Y si ocurren accidentes cuando ya estén vacunando a la población?

-Pero qué requeteanticuado eres, pichoncito. Eso ya no es asunto nuestro. El que compra las vacunas corre con todos los riesgos. Una vez que esté en el mercado, nosotros a disfrutar de lo ganado.

Estas cosas animaron momentáneamente a Unfriendly y en el segundo Donuts ya estaba entusiasmado con la idea.

-¿Cuánto me pagarán?

-Te pagarán, te pagarán -susurró Allme con voz tranquilizadora-, pero tienes que darte prisa.

Unfri pidió permiso para tomar otro café con Donuts y, mientras Allme pagaba y se marchaba pisando fuerte y moviendo mucho las caderas, se quedó sentado con la mirada fija en un punto del infinito. Pensaba. Hasta él mismo se daba cuenta de que, para producir una vacuna y testarla se necesitaban varios años y aún así no eran seguras. ¡Prisa! En menudo lío lo estaban metiendo entre Will del Verde y esa impresentable de Allme. El camarero le trajo lo último que había pedido y él lo consumió mecánicamente con la mirada vacía. No pudo dejar de darle vueltas al problema que se le venía encima. Y todo por culpa de esos desgraciados que se habían dado a la fuga. Estaba deprimido y no tenía ganas de volver al laboratorio donde estarían esperándole los ayudantes. No tenía ganas de verles la cara. Además, habían fracasado miserablemente. Sólo con pensar que tenía que pagarles se le revolvían las tripas. ¡Que les diesen a todos! Aquella mañana, al pasar por el cine Pathé había visto que ponían Bambi. Los ayudantes se quedaron esperando en la puerta del laboratorio y él se fue al cine. Había visto la película en tantas ocasiones que no podía recordar cuántas. Disfrutaba mucho cuando Bambi perdía a su madre. Esa vez tampoco lo defraudó. La vio dos veces. Cuando salió ya era de noche. Se fue a casa. Las pastillas para dormir no le hacían efecto, así que se tomó un frasco entero. Consiguió dormir media hora. ¡Vaya, pensó al despertar, he dormido como un bebé!

Después del primer día de entrenamiento, el laboratorio de Chan-din tuvo una noche tranquila. Los amigos que se habían reencontrado se contaban sus anécdotas, las parejas se besuqueaban en los lugares más oscuros y se hacían promesas de amor eterno. La proximidad de una importante misión y la incertidumbre del futuro aumentaba la intensidad de las emociones. Era el momento de las confidencias. Doc le confesó a Inés que, muchos años atrás, cuando Allme y Unfriendly aún trabajaban juntos, él había sido un virus endógeno de Allme.

-En aquellos tiempos era muy guapa. ¿Sabes, cariño? Me enamoré de ella como un becerro.

-¿De una humana? ¿No te parecía excesivo para ti?

-Pues sí, pero yo era casi un niño. Lo malo es que, como éramos muchos en el viroma de Allme, yo estaba celoso todo el tiempo. Creaba conflictos y entonces ella tenía fiebre y se ponía enferma. Yo era el culpable y me sentía fatal, pero, al mismo tiempo, cuando ella tenía fiebre es cuando yo la sentía verdaderamente mía. Me estaba enganando a algo muy malo. En una de estas ocasiones me descuidé y me vi catapultado con un estornudo hasta las fauces del mismo Unfriendly.

-¡Qué horror!

-No te lo puedes ni imaginar. Allí me refugié en la célula más oculta que pude encontrar. Como además el tipo nunca se resfriaba, ni sé el tiempo que pasé allí. Salí un día que lo intervinieron de la vesícula y fui a parar a un médico del hospital. Este era un buen hombre y ejerció una gran influencia sobre mí. Me hice médico y viví en su interior mucho tiempo. Este hombre ya se iba a jubilar cuando enfermó. Dijeron que a lo mejor era la Coparra-19. Luché por su salud y lo hice a fondo. El hombre se salvó, pero a mí me localizaron, me llevaron a un laboratorio y me insertaron esos bultos. Los que luego me quitó Lucas. Me convertí en un virus feroz y Unfriendly se interesó por mí para que fuese su ayudante en probeta. Y aquí estamos.

Inés lo escuchaba con admiración.

-¡Cuántas aventuras has vivido, amor mío! Debo confesar que yo también tuve un enamoramiento impropio. ¡Me enamoré de un miocito! Él ni siquiera se daba cuenta de que yo existía. Me pasaba el día llorando.

-¿Se lo dijiste?

-¿Que si se lo dije? A gritos. Pero no me escuchaba el muy pedante. Todas las chicas iban detrás de él. ¡Era tan musculoso...! Se llamaba Hércules.

-¿Y cómo terminó aquello? -preguntó Doc, que ya empezaba a preocuparse.

-Hubo un accidente. La persona a la que pertenecíamos era deportista. Sufrió una rotura de fibras y Hércules tuvo la mala suerte de que le pillase a él. Estaba en el peor sitio en el peor momento. Lo reventó. Había mioglobina por todas partes. Fue horrible. Los virus que pudimos salvarnos, huimos despavoridos. Hércules había desaparecido. Había sido hecho fosfatina. Lo busqué, le pregunté a sus compañeros. Nada. Ni lo recordaban. Esos niños de gimnasio son todos iguales. ¡Egoistas!

-¿Lo sigues queriendo? -preguntó Doc con un hilo de voz.

-No mi amor, sólo te quiero a ti. Cuando te encontré supe que aquello había sido una chiquillada. Tú eres el amor de mi vida.

Doc sonrió aliviado y los dos se abrazaron tiernamente.

Cerca de allí, Cori y Luty hacían planes a través de su inmediato futuro. En las últimas veinticuatro horas su amor había crecido tanto que apenas podían soportar la emoción. Eran



felices. Y tenían miedo de lo que podría ocurrir. Para ahuyentar ese miedo hicieron lo que hacen todos los enamorados: promesas de amor y planes para el futuro. Y besos, muchos besos. Al final todos se quedaron dormidos.

Al día siguiente hubo que madrugar. Mar-cho sensei estaba dispuesto para la práctica. A pesar de su edad, se veía fresco y despejado:

-¡Atención! -gritó con voz marcial-. ¡Quiero que estéis relajados y atentos! Vais a aprender a eliminar rápidamente las secuencias anómalas de los virus que han sido agredidos genéticamente. Aunque eso es algo bueno para ellos, seguramente la mayoría se resistirá, de manera que hoy aprenderéis, además, a inmovilizarlos.

Sensei Mar-cho dio algunas breves explicaciones y utilizó a un científico joven para mostrar el modo de controlar al oponente. En las probetas, Lucas y algunos endógenos que también habían practicado artes marciales repetían los movimientos para que todos pudiesen aprenderlos. Después dedicaron varias horas a practicar una y otra vez. Finalmente aprendieron a desprender de los virus modificados las partes que les habían sido insertadas. Era muy fácil, bastaba con presionar con un “dedo” un punto determinado de la inserción. Era como la dígitopuntura.

A media tarde acabaron las prácticas y se sirvió un refrigerio, tras de lo cual el profesor Chan-din volvió a dirigirse a todo el laboratorio:

-Queridos amigos, la misión que os quiero encomendar es muy importante, pero estáis más que preparados para ella. Debemos buscar organismos humanos que hayan contraído virus quimera, encontrar a esos virus y convertirlos de nuevo en virus sanos y normales. Eso acabará con la epidemia y las personas recuperarán la salud.

La primera parte de la misión consistirá en volver al laboratorio de Unfri donde hay compañeros vuestros muy válidos, liberarlos de sus alteraciones y prepararlos sobre la marcha para que os ayuden en vuestra misión. Eso lo haréis de madrugada. Antes de que amanezca iréis todos al laboratorio de Allme. Allí hay virus seleccionados por su maldad a los que están preparando para una nueva oleada aún más grave que la presente. Tenéis que recuperar a esos compañeros. A estas alturas ya seréis un ejército y entonces saldréis a la calle y pasaréis de persona en persona, especialmente enfermas, normalizando a todos los virus anómalos que encontréis. Si sois diligentes, en dos o tres días todo estará concluido. ¿Alguna pregunta?

-Profesor -preguntó un virus mayor que estaba junto a Lucas y al que Chan-din conocía de algo, pero no recordaba de qué-, ¿no tendremos dificultades para pasar de un humano a otro a causa de las mascarillas?

-¿Dónde has oído eso?

-En la tele.

El profesor sonrió:

-No, amigo, no, atravesaréis las mascarillas de cuatro en cuatro. No te preocupes por eso. Las mejores mascarillas sólo retienen bacterias y hongos, de ahí que los que las usan durante mucho tiempo puedan adquirir infecciones bacterianas y fúngicas, pero a vosotros no os pueden parar.

-Profesor -el que hablaba era un virus fornido, algo descuidado en el vestir, pero de “rostro” agradable-, ¿nos llevaremos los linfocitos y macrófagos que hemos domado?

-No, esos se quedarán aquí, porque su finalidad era que aprendierais a manejarlos. Si los necesitáis, los capturaréis sobre el terreno. Eso ocurrirá únicamente si tenéis que enfrentaros con una carga viral quimérica muy agresiva. Puede que mueran algunos, por lo tanto, es un

recurso al que no se debe recurrir con ligereza. Sólo cuando sea imprescindible y esté justificado por la gravedad.

-¿Y los humanos qué haréis? -dijo una voz femenina desde una probeta cercana.

-Los humanos también saldremos a la calle a convencer a la gente. Movilizaremos a los que estén de acuerdo con nosotros, escribiremos artículos, grabaremos vídeos, explicaremos a todo el que nos quiera oír que los engañan, que el virus que ahora les preocupa es artificial y que tiene cura. Les diremos que no se dejen vacunar si no quieren hacerlo. Lucharemos en los tribunales para que la vacunación no sea obligatoria. Denunciaremos los abusos. Intentaremos que los países prohíban la creación de virus artificiales en laboratorio. Esta tarea será complementaria de la vuestra. Pero ahora estaréis cansados. A las cinco de la mañana, os quiero a todos dispuestos y bien despiertos.

Esa fue una noche inquieta. Todos tardaron en dormirse con el nerviosismo y la expectación ante la que sería la tarea más importante de sus "vidas". Los enamorados ya no tenían nada que decirse. Se miraban a los ojos y se acurrucaban el uno junto al otro prometiéndose cada uno a sí mismo que jamás olvidaría las intensas sensaciones de aquel momento tan definitivo.

Unfriendly había conseguido dormir media hora, razón por lo cual llegó media hora tarde al laboratorio. Temía encontrar en la puerta a los ayudantes a los que no había pagado, pero respiró aliviado al ver que no estaban. Entró y durante un rato se dedicó a su café malo y a sus esputos. No notó nada anormal, aunque le pareció que el silencio era más denso que otras veces. Terminó su café con cierta parsimonia y después recordó que tenía que eliminar los cultivos de virus. Pensó que un poco de sulfamán daría buena cuenta de ellos, buscó la botella en un armario, puso el tapón del fregadero, le costó abrir el grifo porque últimamente se atascaba y fue a buscar los cultivos. Nada más verlos, supo que algo no iba bien y gracias al microscopio pudo comprobar que todos habían desaparecido:

-¡Cuernos! ¿Qué ha ocurrido aquí?

A medida que era consciente de lo que estaba ocurriendo, su enfado iba siendo mayor. Gritaba y golpeaba sobre la mesa. Insultaba, blasfemaba. Se acordó de la familia de los ayudantes del día anterior, de la de Allme y hasta de la de su mentor. Llegaba al paroxismo cuando empezó a notar algo en los pies. Al principio no lo identificó, pero enseguida se dio cuenta de que era frío.

-¡Mierda!

Voló hacia el fregadero a cerrar el grifo. No se cerraba. El atasco había tomado carta de naturaleza. El laboratorio estaba en un semisótano y el nivel del agua fue subiendo hasta que le llegó a la cintura. ¡Tenía que hacer algo!

-Llamaré a Allme -gruñó para sí.

Buscó en su bolsillo. El móvil estaba mojado y no funcionaba.

-¡Voto a diez mil dragones! -gritaba más que decía-. ¿Qué está pasando aquí?

No tuvo que llamar a Allme. Fue ella la que se presentó en el laboratorio. Venía tan alterada que, al abrir la puerta no reparó en el agua y antes de darse cuenta ya había bajado dos escalones. La impresión del agua fría fue tal que cayó de bruces. El chapuzón fue completo. Se levantó resoplando. Miró a su ex de un modo extraño. Se comprende que Unfri ya había visto esa mirada anteriormente, porque comenzó a correr como pudo alrededor de la mesa que había en el centro del laboratorio mientras ella lo perseguía.

-No he sido yo, Allme, es que el grifo se ha atascado.

-¿Atascado? ¡Tacaño de mierda! ¡Llevo años diciéndote que el grifo se atasca! ¿Por qué no has llamado al fontanero?

-Es que cuesta dinero, Allme, compréndelo.

-¿Y no se te ocurrió quitar el tapón del fregadero?

“¡Menudo fallo!”, pensó para sus adentros. Y dijo:

-Es que eso no hubiera sido científico. Lo científico es ir a la causa. La causa de la inundación es el agua, no el desagüe.

Allme le arrojó hasta el último cacharro que tuvo a mano mientras lo insultaba y profería amenazas contra él. Continuaron así un buen rato hasta que los dos estuvieron agotados y la actividad física disminuyó. Frente a frente, con la mesa de por medio seguían, la una insultando y el otro disculpándose como podía. Con el remojón y el ejercicio a Allme se le había descolocado la peluca dejando al descubierto un cráneo liso y blanco que reflejaba las lámparas del techo.

Su aspecto era tan cómico que hasta Unfri sonrió. Para él, aquel cráneo reluciente no era ninguna novedad. Allme era calva de nacimiento. La razón, según algunos médicos que la habían estudiado de pequeña, era su gran inteligencia. El cerebro funcionaba al límite y necesitaba refrigerarse más que los demás, así que el cabello no pintaba nada allí. Cuando se hizo mayor, por coquetería, usaba peluca sólo para salir a la calle. En casa, refrigeraba. Su cerebro era tan potente que, cuando estaban casados, Unfri podía oírlo zumbear por la noche. Al principio creyó que roncaba. Pero no: era el cerebro. Eso tuvo que ver en parte con su separación. No por el ruido nocturno, no, sino por la envidia. El doctor se sintió amenazado porque, aunque pensara mucho (y lo hacía), jamás consiguió que su cerebro zumbase. Eran una pareja desigual. Mucho arroz para tan poco pollo.

Sea como fuere, ahora estaban allí los dos, empapados y empezando a tiritar de frío.

-Allme, esto..., ¿por qué has venido? Yo te iba a llamar.

-¿Me ibas a llamar? Yo te he llamado cientos de veces. Y tu línea no estaba operativa. Anda, vamos a tomar un café y hablamos.

-¿Tú invitas?

Allme emitió un profundo gruñido y ambos salieron a la calle, temeroso él y contenida ella, diciéndose para sus adentros que esta se la pagaría Unfri tarde o temprano.

Chorreando agua debajo de sus asientos, consumieron los cafés y los Donuts, y se pusieron al día de las desgracias ocurridas aquella mañana.

-¿A ti también te los han robado Allme?

-También -contestó Allme con la cabeza apoyada dramáticamente sobre el velador como si estuviera pensando en golpearse y poner fin a sus tribulaciones-. ¡A mí también! -levantó la cabeza y miró a su ex con un fuego nada tranquilizador en los ojos.

-Allme -masculló Unfri con voz temblorosa-, Allme...

-¡Imbécil! Yo he perdido virus de verdad, virus con dos cojones, no como esos tontainas que te han robado a ti. Con mis virus y mi última patente pensaba organizar una pandemia, pero de las de verdad. Iba a ser la viróloga más famosa del mundo -trató de sollozar, pero no pudo-. ¿Ahora qué voy a hacer?

-Vaya, Allme, lo siento. El señor del Verde no estará muy contento.

Ahora Allme sí sollozó. Y no sólo eso, lloró a moco tendido:

-¡Me va a mataaaaar!

En general, cuando la gente conoce a Allme piensa que no es posible ser más fea, pero eso se debe a que no la vieron aquel día. Hasta Unfri estaba sobrecogido.

Pero Allme no era una de esas mujeres que se achican. Cuando se le pasó el berrinche, se enfrió, miró decididamente a Unfri y le dijo:

-Pichoncito, me debes un favor y ha llegado el momento de que me lo pagues.

-¿Cómo?, ¿qué? -respondió él con un sobresalto.

- Ya lo sabes, cariñín, el asunto de las patentes "Unfriendly".

Unfri sabía que estaba atrapado. Cuando Allme pidió el divorcio, él le exigió que la mitad de las patentes que Allme había registrado fuesen puestas a su nombre. De eso había estado viviendo todos estos años, haciendo creer a todos que era un genio como su ex-esposa.

Allme lo miraba a la cara y leía sus pensamientos:

-Así que ya lo sabes, si no haces lo que yo te diga, lo contaré. Y hay testigos. Todos sabrán que el importante y talentoso doctor Unfriendly es un tontaina lo mismo que sus virus.

-Vale -dijo él apartando sus ojos de los de ella-, ¿qué quieres que haga? -y antes de que Allme tuviese tiempo de contestar, preguntó:  
-¿Puedo pedir otro Donuts?

El profesor Chan-din y Doc se habían quedado en el laboratorio al frente del operativo. Recibían noticias de los virus por la onda de la materia y de los investigadores por Telegram. Por parte de los virus, todo estaba saliendo de maravilla. No sólo habían rescatado a los virus de Unfriendly y Allme, sino que, con la información que obtuvieron de ellos, decidieron por su cuenta visitar otros laboratorios y su número se había multiplicado exponencialmente. Salieron a la calle, a los hospitales, a los servicios de urgencia, buscando virus que recuperar y personas que salvar. Al principio se guiaban por las pruebas peceerre positivas y descubrieron que la mayor parte de esas personas estaban sanas. Era una pérdida de tiempo. Entonces decidieron utilizar su propio método de diagnóstico: la mensajería. Enviaban mensajes-onda a distintos organismos y los mismos virus que allí había contestaban instantáneamente. Si había patógenos, iban a por ellos; de lo contrario, los dejaban tranquilos. Con este procedimiento las cosas comenzaron a ir mucho más rápidas. Aquí venía un mensaje personal de Lucas: “Aunque ya lo sabíamos, esto confirma que Albamarín llevaba toda la razón por lo que se refiere a la peceerre y su poca fiabilidad. Dale nuestra enhorabuena. Sus virus endógenos tienen motivos para sentirse orgullosos. Saludos también para ellos.”

Doc recibía los mensajes y se los pasaba al profesor, que los leía complacido. Llegó uno reportando inconvenientes: en un paciente de UCI había sido necesario utilizar macrófagos. Al paciente le vino bien, pero en medio de una reyerta, mientras un virus sano trataba de reducir a un quimera, un macrófago se comió a los dos. Baja por fuego amigo.

-¿Lo conocías? -preguntó Chan-din.

Doc bajó la “cabeza”:

-No, pero temo por Inés.

-Aleja esos temores. Ella está luchando valientemente. Debes sentirte orgulloso.

-Gracias, profesor.

Otros casos de UCI también habían requerido el uso de las células, pero no hubo más incidentes desagradables.

Poco después llegó un mensaje de Inés: que estaba bien y que todo marchaba según lo previsto.

-¿Lo ves?

Ambos sonrieron.

Poco después, en medio de la batalla generalizada, ocurrió algo que cambiaría el curso de los acontecimientos. En el centro de operaciones, Doc recibió otro mensaje de Lucas que decía así:

“Esta mañana, a eso de las once, en plena batalla, el virus Cori se encontró con un quimera en el que reconoció a un viejo amigo del colegio. En lugar de enzarzarse con él, le habló:

-Hola Ramón, ¿no te acuerdas de mí?

-Claro que me acuerdo, Cori, pero ahora no tengo tiempo de hablar. Tengo que cargarme a este paciente.

-Espera un momento, por favor. No es necesario que te cargues a nadie.

“Ante el peligro de que huyese, Cori ya estaba dispuesto a saltar sobre él. Pero el otro se detuvo por sí mismo. La última frase de su amigo había surtido algún efecto:

-¿Dices que no es necesario matar a nadie?

-No...

“Ramón lo miró, pensativo.

-El caso, Cori, es que de repente he recordado algo. O es algo que ya sabía, no sé. Por favor, hablemos de eso.

“Cori le explicó que los virus forman parte del genoma humano, que colaboran con los seres humanos codificando muchos aspectos de la vida, que nunca los enferman, sino más bien todo lo contrario, que cuando se encuentran virus en un organismo enfermo, esos virus suelen estar allí para ayudar, para llevar mensajes que estimulen el sistema inmune, pero que hay una leyenda negra llamada teoría microbiana de Pasteur que ni siquiera fue inventada para los virus sino para las bacterias y que ya desde su origen era errónea. Que se le opuso un científico muy notable de su época llamado Antoine Béchamp con su teoría del terreno, la cual afirma que los microorganismos sólo aparecen cuando el cuerpo sufre una agresión y es necesario eliminar los tóxicos que dicha agresión ha generado. Son colaboradores, no enemigos. Algunos afirman que al final de su vida, Pasteur admitió que Béchamp llevaba razón.

“La “cara” de Ramón denotaba la concentración más absoluta y, a medida que iba tomando conciencia de lo que oía, sus secuencias anómalas se desprendían sin necesidad de ninguna técnica. Más aún, alrededor de los dos amigos se habían ido reuniendo más y más patógenos, que estaban experimentando la misma transformación. Y cuando recuperaban su forma original, les hablaban a otros y estos a otros y en un momento todos estaban hablando y abandonando la forma quimérica.

“La noticia ha volado literalmente de organismo en organismo y creo que tenemos la victoria asegurada. Los chicos han comenzado a hablar de logoterapia, magnetismo y no sé cuántas cosas más, pero las denominaciones que están teniendo más éxito son “la curación por la verdad” y “la palabra de Cori”. Ya veremos cuál de las dos se consolida.”

Doc le llevó el mensaje al profesor y los dos lo celebraron con grandes extremos. No descorcharon una botella de champán porque Doc era supersticioso y no quería “gafar” la misión.

-Profesor, ¿hay noticias de los científicos?

-Sí, Doc, pero no son tan buenas como las de los virus. Algunos los escuchan con interés y se suman a sus esfuerzos, pero la mayoría o se muestran indiferentes o los miran con desconfianza, incluso los insultan. Las autoridades sanitarias los llaman negacionistas y proponen que se les reprima, que se les prohíba hablar. Los señalan como un peligro para la salud. La gente está convencida de la verdad de lo que le dicen por la tele. Lo de las mascarillas no ayuda: los aleja a unos de otros y les da una falsa sensación de seguridad. Están acobardados. Presiento que la batalla humana será más larga que la vuestra.

-Pues aquí estaremos todos. En este viaje vamos juntos, profesor.

Chan-din se emocionó y tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que una lágrima lo delatase.

Unfriendly se declaró culpable de la pérdida de los virus de Allme. Inventó una excusa poco creíble que Will del Verde fingió creer por el momento.

-Ahora no tengo tiempo de ocuparme de ti, pero ya hablaremos -y colgó el teléfono.

Se tomó un zumo vegano de frutas y verduras que su asistente había dejado sobre la mesa como cada día a esa hora, saboreándolo con delectación. Después llamó a Allme:

-Así que ahora quieres que me crea que ha sido el desgraciado de tu marido.

-Ex -protestó Allme.

-Tanto me da. Esto está siendo un desastre. La gente se está curando, la curva desciende en picado. Y ahora estamos peor que al principio. ¿Con qué los vamos a asustar? Has perdido nuestro plan B. Ya hablaremos de tu penalización. Ahora urgen más otras cosas. Sin pérdida de tiempo, llama a todos los asesores de salud y ordénales que pongan buena cara, que digan que la curva desciende gracias a nuestros esfuerzos. Que hemos evitado millones de muertes en todo el mundo. Cada cual que improvise. Las televisiones que echen humo difundiendo la buena noticia. Al menos, ganaremos tiempo.

Un médico de abundante cabello rizado, llamado Badwine dijo contento que se había doblegado la curva. El presidente de un país manifestó muy orgulloso que se habían salvado más de cuatrocientas mil vidas. La media de muertes al año por todas las causas en ese país es precisamente de algo más de cuatrocientas mil. Si las matemáticas no fallan, en dicho país no murió nadie el año de la epidemia. Pero la gente lo traga todo. Hubo gran alegría, los bares se llenaron, los hoteles también. Y los comercios. Había amanecido un nuevo día.

Pero el mal no descansa. Allme en el silencio de su laboratorio y Will del Verde en su ático de mil metros cuadrados con piscina, jacuzzi y campo de golf, no dejaban de maquinarse. Hablaban por teléfono varias veces al día intercambiando ideas a cuál más perversa.

Fue Allme la que, al tercer día, tuvo idea brillante.

-¡Peceerres!

-¿Cómo?

-Claro, podemos tener peceerres que identifiquen las secuencias genéticas que nos dé la gana. Haremos muchas y el número de "contagiados" subirá. Habrá muchos falsos positivos, pero a nosotros nos vale igual. Si no tienen síntomas los llamaremos enfermos asintomáticos.

-Pero mujer, si son asintomáticos por definición no son enfermos.

-¿Y eso qué más da? ¿No tienes las televisiones?

Del Verde lo pensó un momento:

-Bien mirado, si aumenta el número de contagios los seguiremos asustando. Y si no mueren de la enfermedad coparra-19, seguro que mueren de otras cosas: de miedo, de abandono, de asco. O de gripe, que nos facilitará las cosas. Allme, eres genial. Olvida lo de la sanción. ¡Ah! Y acuérdate de poner a ese marido tuyo a trabajar en la vacuna. Si la tenemos pronto nos ahorrará muchos problemas, por no hablar de la pasta que ingresaremos.

Allme no perdió tiempo. De inmediato diseñó la operación peceerre para lo cual contrató a cuatro fabricantes de cuatro países distintos. Esa misma tarde visitó de nuevo a Unfriendly. Lo encontró cariacontecido en el laboratorio. Ya habían cambiado el grifo y había vaciado de agua el local, pero el aspecto que ofrecía era lamentable: las paredes rezumaban humedad y había objetos, libros, papeles, desperdigados por todas partes.



-Veo que han venido los fontaneros que envié. Ahora hay que esperar que todo esto seque y que los albañiles y pintores hagan su trabajo. Llevará su tiempo.

Unfri parecía triste y no contestó.

-Te vienes a mi laboratorio -continuó ella decidida-. Allí te pondrás a trabajar con la vacuna.

-Pero Allme, ya estoy acostumbrado a esto.

-No te preocupes, será temporal. Además, tu amigo del Verde ha insistido en que te pongas de inmediato. Una de las patentes que te transferí era precisamente el procedimiento para hacer una vacuna antivírica sin tener el virus en cuestión, ¿recuerdas?

Unfri asintió con la cabeza.

-Perfecto. Te espero en mi laboratorio mañana a primera hora.

Tres días más tarde, el profesor Chan-din y Doc seguían en el laboratorio. Los primeros virus comenzaban a volver, contentos y cansados. La batalla había sido dura, pero habían tenido éxito. Venían con ganas de dormir, pero también de contar cosas. Todo había salido bien y si algunos se retrasaban era porque se estaban despidiendo de tantos amigos como habían hecho durante la campaña. Esos amigos y también algunos del equipo original habían decidido quedarse como virus endógenos en los organismos a los que habían contribuido a sanar. Esta idea parecía buena porque la mayoría estaban muy bien entrenados en la lucha antiqumérica, tanto con la técnica del maestro Mar-Cho como con la palabra de Cori. Eso por no hablar de los domadores de linfocitos y macrófagos que también eran útiles. De esa manera, de producirse una nueva infección, estarían preparados para combatirla. El resto, fue llegando al laboratorio progresivamente. Cuando llegó Inés no parecía tan cansada como los demás. Corrió hasta donde estaba Doc y se abrazó a él mientras lo cubría de sonoros besos.

El profesor miró para otro lado sonriendo. Al rato dijo “ejem, ejem” y los enamorados volvieron al mundo real:

-Lo siento chicos, pero Doc y yo tenemos que seguir trabajando hasta que se complete toda la operación.

-Claro -contestó Inés, que en ese tiempo parecía haber madurado considerablemente-. Lo siento profesor. Y haciendo una carantoña a Doc se fue a descansar.

Bartolo había adelgazado y parecía mucho más templado, más seguro de sí mismo. Saludó sobriamente y se retiró de inmediato.

Cori y Luty llegaron cogidos de la mano y, a pesar de la natural expectación que despertó Cori, se excusaron y buscaron la tranquilidad de su probeta.

Ron, aquel pequeñajo que Cori había conocido en la placa de Petri de Unfriendly, se había fortalecido y no parecía el mismo, aunque seguía teniendo la misma “cara” de buena persona.

El último en llegar fue Lucas. Después de cerciorarse de que todos los que tenían que volver habían vuelto, fue a despachar con el profesor y con Doc. También estaban Almenara y varios de los ayudantes del profesor.

Almenara y Lucas se saludaron efusiva pero brevemente antes de comenzar la reunión.

Todos estuvieron de acuerdo en el éxito de la operación viral. La gente se había curado y la epidemia se había detenido. Pero en el terreno de los humanos las cosas no iban nada bien. Era casi imposible convencer a la gente, médicos incluidos, de que los virus no eran intrínsecamente patógenos, más bien todo lo contrario; o de que las causas de las enfermedades llamadas víricas eran diversas: la malnutrición, la miseria, la suciedad, la tristeza, la desesperación, la falta de determinados nutrientes, etc. En tales situaciones aparecían los virus, pero estos sólo trataban de ayudar al organismo a superar la situación, aunque no siempre lo consiguieran. Se les explicaba que había excepciones, como cuando los virus eran inoculados o en los casos en que se trataba de virus manipulados en el laboratorio. Los virus naturales, nuestros virus, no nos enferman, sino todo lo contrario. Daba igual las muchas veces que lo repitiesen. Todos estaban imbuidos de la leyenda negra de los microorganismos. Es bueno tener a quién culpar en caso de desgracia, en caso de enfermedad. Los virus eran los culpables. Ni los pacientes ni los médicos ni las autoridades tenían ninguna responsabilidad.

Se oían expresiones tales como “este maldito virus”, “hay que luchar contra el virus”, “todos unidos contra el virus”, “eliminar al virus”. Daba la sensación de que los virus eran la única causa posible de las enfermedades. Nada malo había en una alimentación tóxica, ni en los resentimientos, ni en el odio, el rencor, el aire contaminado, las ondas de radiofrecuencia que todo lo invaden, la falta crónica de amor (el único remedio garantizado para cualquier enfermedad), el individualismo patológico, la avaricia, la mala educación, el vacío interior que ya lo invadía todo. Todo eso no tenía la menor importancia. Era el virus. Había que matar al virus.

La gente estaba convencida de que la única solución para erradicar un virus era una vacuna. Lo creían así tanto médicos como pacientes. Habían sido educados en la idea de que, en el pasado, las vacunas constituyeron las herramientas más eficaces en la lucha contra los virus. La gente del equipo de Chan-din y sus amigos médicos, farmacéuticos, psicólogos, abogados y policías que se habían sumado a la lucha para aclarar las cosas, argumentaban que no era cierto, que se fijasen en la gripe: setenta años vacunando y ahí seguía, igual año tras año. También repartían ejemplares del documentadísimo libro de Humphries y Bystranyk *Desvaneciendo ilusiones. Las enfermedades, las vacunas y la historia olvidada*, sobre todo a los médicos para que leyesen y reflexionasen. Pero todo era en vano. Cuando una idea se apodera de la mente de todo un pueblo es muy difícil cambiarla.

Esgrimieron con las personas los mismos argumentos que los virus con sus iguales. Mostraron el interés político oculto tras la pandemia, la mano represora tras las mascarillas y los confinamientos, el atentado en masa que se estaba perpetrando. Lo único que lograban era que les llamasen conspiranoicos. Tanto los médicos como los que no lo eran aplaudían todas las normas impuestas desde el poder. A algunos, incluso le parecían insuficientes.

Mostraban los estudios de centenares de investigadores independientes, que coincidían en la mayoría de los puntos con ellos, que se enfrentaban a sus respectivos gobiernos, pero era en vano. Aquellos científicos eran unos ignorantes y si algunos eran premios Nobel, aún peor: tendrían que retirarles el premio. Para ir contra las ideas impuestas por la bota del poder no existían argumentos válidos. Para ir a favor de la misma, no eran necesarios argumentos: bastaba con aplaudir.

El desánimo empezaba a apoderarse de todas aquellas personas de buena voluntad, profesionales eficaces cada uno en su campo, que se enfrentaban a prejuicios centenarios cuando no milenarios. El camino parecía estar trazado mucho tiempo atrás.

Todos coincidieron en que, si podían albergar alguna esperanza, esta dependía de la justicia, es decir, de los valientes abogados dispuestos a denunciar a las autoridades sanitarias y, especialmente, de su principal asesora médica, la doctora Albamarín, una autoridad en pruebas diagnósticas, que había sido capaz de desmontar el engaño de las peceerre y no dejaba de investigar en ese tema. Poco sospechaban entonces que precisamente ese iba a ser el terreno al que los malvados Will del Verde y Allme querían llevar la lucha en lo sucesivo.

Al terminar la reunión, Lucas propuso brindar con champán por la victoria viral y todos estuvieron de acuerdo.

-Pero sin hacer ruido, porque los chicos duermen -advirtió Chan-din.

Lucas y Almenara aprovecharon para ponerse al día y Almenara felicitó a su amigo por el éxito de la operación.

En el edificio había una lujosa cafetería. Unfriendly llegó media hora antes de que abriese el laboratorio. Pidió un café con Donuts y después otro y otro más. Terminaba el último cuando llegó Allme.

-¿Entramos?

Unfriendly se llevó las manos a los bolsillos y sacó los forros.

-Estoy sin blanca -dijo señalando con la mirada los restos de su desayuno.

-¿Y cuándo has estado tú con blanca?

Llamó al camarero con un gesto y antes de que este llegase, Unfri suplicó:

-¿Puedo llevarme otro para dentro?

-¡Claro!

Y al camarero:

-Traiga otro café y dígame la cuenta.

-¿Y otro Donuts? -insistió Unfri agachando la cabeza.

El laboratorio ocupaba toda la planta principal y tenía amplios ventanales todo alrededor. Las mesas de trabajo eran amplias y en ellas había todo tipo de instrumental. El personal había entrado puntualmente a su hora y ocupaba sus puestos. Debajo de sus limpiísimas batas blancas iban correctamente vestidos. Todos sabían perfectamente lo que tenían que hacer. Guardaban silencio y sólo se comunicaban por un brevísimo saludo al llegar. Había una zona de descanso con máquina de café y ¡Donuts! Se iban turnando para desayunar de manera que nunca hubiese allí más de tres empleados. Aquellos que lo preferían disponían de treinta minutos para ir a desayunar a la cafetería. Salvo Allme, allí nadie hacía ruido al pisar: se deslizaban silenciosamente sobre el enlosado.

El despacho de Allme era amplio, sobrio y bien amueblado. Se percibía la mano experta de un decorador profesional. Las paredes estaban llenas de estanterías de madera oscura con publicaciones biológicas y médicas, dejando algunos huecos para cuadros abstractos de firmas importantes. Unfri era inmune al arte. Nombres como Zóbel, Millares, José Guerrero o Tàpies no le decían absolutamente nada, así que ni se fijó en ellos. La mesa era enorme, con cómodos sillones anatómicos adaptables tanto el principal como los de confidente. El ordenador era abatible y quedaba totalmente camuflado en la brillante superficie de la mesa. La luz, indirecta en todo el espacio, era imposible ver de dónde provenía exactamente. El ambiente era muy acogedor. No casaba muy bien con su ocupante, pero por muy mala que fuese aquella mujer, era evidente que tenía buen gusto. Lo había demostrado al divorciarse de Unfri y aquel precioso despacho lo ratificaba. Una puerta camuflada a espaldas del asiento principal daba acceso al despacho del secretario, un joven atractivo que saludó amablemente a Unfri y le dio el tratamiento de profesor. Al otro lado del despacho, una puerta doble daba acceso a la sala de reuniones.

A Unfri le habían preparado un despacho de investigador invitado, algo menor que el de Allme, pero asimismo muy bien amueblado. Este no tenía sala de reuniones, pero sí un despacho anexo para secretaria. Sólo el despacho.

-He pensado que no vas a necesitar secretaria. En realidad, tampoco vas a necesitar despacho, pero como estaba vacío... Te hemos reservado una zona de trabajo en el laboratorio principal.

Una mesa, que ocupaba la pared frontal de la sala de trabajo, equipada con todo lo que un biólogo puede soñar, se ofrecía a la vista de un anonadado Unfri que la miraba como un niño mira el escaparate de una pastelería.

-Pues aquí te quedas, precioso -le dijo Allme-, ahora te mando el texto de la patente para que te vayas haciendo una idea.

-No, si yo lo tengo en mi laboratorio.

-En tu laboratorio no queda nada, cariño. Ahora dependes completamente de mí.

-Vale -suspiró.

Y en cuanto lo dejaron solo, se fue al área de descanso en busca de un café y un Donuts.

A la vuelta, el texto prometido estaba sobre su mesa. Se puso a leerlo con la máxima atención hasta que notó que el personal comenzaba a moverse. Era la hora del almuerzo.

Allme, muy arreglada y pintada, lo alcanzó a la salida:

-Tienes dos horas, pichoncito. Si quieres, puedes ir a casa. Si lo prefieres, en la cafetería tienes pagado un menú.

-¿Tú no comes?

-Yo tengo una cita. Así que tú decides.

Unfri se quedó a comer en la cafetería. Eligió el menú y lo consumió entusiasmado: estaba rico. Pero le pareció poco. Llamó al camarero.

-¿Puede traerme otro plato?

El camarero había sido advertido.

-Claro, señor, pero tendría que abonarlo aparte. Sólo tiene pagado el menú.

-¿Y un café con Donuts?

-De esos, todos los que el señor quiera.

-Pues vaya trayendo.

Pasó la tarde discutiendo con Allme la estrategia de la vacuna y tratando de sonsacarle con quién había almorzado. Todo en vano. No avanzó en lo primero ni se enteró de lo segundo. A pesar de la insistencia, Allme ni siquiera se enfadó. Toda la tarde estuvo como traspuesta, como si algo la hubiese impresionado vivamente. De hecho, así había sido. Su cita para el almuerzo había sido con Will del Verde en persona. El gran personaje la había admitido por primera vez en su santa sanctorum. Ese era el motivo de su inusual acicalamiento. Llegó a la cita bastante cortada, pero Will exhibió una cordialidad sin fisuras y ella se relajó al instante. Para comer habían instalado una pequeña mesa en un rincón del enorme despacho de Will y junto a ella estaba servido un buffet con diversos manjares: huevos a la fricasé veganos, rodaballo vegano a las finas hierbas, varios tipos de zumos y vinos veganos, champán francés, jamón ibérico de bellota vegano y no vegano, caviar iraní que no era vegano pero a ninguno de los dos le importó, café vegano y una gran cantidad de diferentes frutas veganas que estaban allí en varios frutereros más bien con fines decorativos.

-Querida, lo he preferido así para que nadie nos interrumpa y podamos hablar. ¿Te parece bien?

Ella asintió con lo que pensó que era un gracioso mohín y él la invitó a sentarse.

Él sirvió dos copas de champán. Sus ademanes eran elegantes y su cortesía infinita.

“Todo un gentleman”, pensó para sus adentros. Y la invadió una oleada de satisfacción.

Mientras degustaban los primeros sorbos, Allme empezó a tomar conciencia de lo que la rodeaba. El despacho de Will medía no menos de docientos metros cuadrados. Dos de sus paredes eran de cristal y las otras dos de madera tallada en altorrelieves representando temas

mitológicos como ninfas, faunos, centauros. Las tallas dejaban de trecho en trecho espacios rectangulares que ocupaban cuadros de importantes firmas: Goya, Monet, Velázquez, Van Gogh, fueron algunos de los que Allme pudo identificar, pero había algunos más que no reconoció. El suelo consistía en un mosaico de maderas de diferentes tonos representando un mapamundi. Pero el techo, con una altura muy superior a la de una habitación normal era lo más sorprendente: representaba una bóveda celeste nocturna en la que podían observarse varias lunas de diferentes tamaños y planetas irreconocibles. Allme no pudo precisar de qué material estaba hecho. Los cuerpos celestes parecían flotar en el espacio y girar y moverse lenta y armónicamente. Todos emitían un brillo suave, cada cual de un tono diferente y, más allá de ellos, la mirada se perdía en un vacío neblinoso al que era imposible encontrarle algún fin.

Él sabía el efecto que su despacho causaba en la gente y le dio unos minutos antes de preguntar:

-¿Te gusta?

-¡Oh sí, es impresionante!

Durante la comida hablaron primero de temas intrascendentes y poco a poco entraron en materia. Will sabía cómo conducir una conversación.

Cuando llegaron las peceerres, Allme tenía malas noticias.

-Verá, señor, aquí tenemos un problema importante. Se trata de una investigadora andaluza, la doctora Albamarín. Ella está diciendo que las peceerres no sirven para nada. Y lo peor es que lo demuestra con datos. Y aún peor: la gente la cree.

-Ya te dije en su día cómo resolver estas cosas.

-Imposible. Lo hemos intentado todo.

-¿Y todo ha fracasado?

-Todo. No hay manera con ella: ni se aviene a “razones” -Allme entrecomilló la palabra con los dedos- ni se asusta. Cuando tratamos de desacreditarla en una tertulia, puede con todos. Conoce el tema a fondo.

-Sigo sin entenderlo. ¿Le habéis ofrecido un cargo importante, de directora de algo? -indagó del Verde impaciente.

-Sin resultado.

-¿Qué le pasa a esta mujer? -exclamó Will, que ya comenzaba a enrojecer de ira.

-Muy sencillo, lo que le pasa es que es católica y de las de verdad. No hay por dónde entrarle. Tiene una moral de hierro.

Will del Verde entrelazó las manos de un modo bastante complicado, puso los ojos en blanco, elevó el rostro hacia su peculiar esfera celeste y gritó:

-Oooooooh, señor Satán, mi señor ¿Por qué permites que haya personas como esa?

Primero se dejó oír un sonido apenas audible, como si sonara un móvil en modo vibración. Desde el comienzo había en dicho sonido algo desagradable, inquietante. Se fue extendiendo por toda la escala sonora mientras aumentaba de volumen hasta el paroxismo. Se convirtió en un fragor que venía de todas partes, algo que el oído humano apenas puede soportar. Al fondo sonaba música de los Rolling Stones.

Will temblaba y se agitaba como un despertador de cuerda, pero mantenía su posición. Allme estaba aterrorizada. El sonido se mantuvo en su clímax unos treinta segundos y luego cesó repentinamente. Will volvió a la normalidad y buscó a Allme: la encontró debajo de la mesa.

La científica tardó en recuperarse.

-¿Qué ha pasado?

-Nada, que el jefe dice que esto es cosa nuestra, que en el mundo tiene que existir de todo, incluso personas buenas y que nos encarguemos nosotros.

-¿Él es el jefe supremo?

-Ciertamente. Aunque hay negacionistas que afirman que nuestro jefe, Satán, tiene mucho poder, pero que Dios tiene mucho más. Yo pensaba lo contrario, pero la respuesta que acaba de darme... no sé. Bueno estaría que, después de cuatrocientos años de servicio, tuviese que cambiar de bando.

El despacho comenzó a moverse como si hubiese un fuerte terremoto.

-¡Vale, jefe, vale! Era broma -exclamó Will.

Al salir de la casa del señor del Verde, Allme estaba cambiada. Ahora pertenecía a la flor y nata de los malvados de la tierra. Era una gran responsabilidad, pero siempre había sido la mejor en todo y ahora sería también la mejor en esto. Aunque debajo de la seguridad que pretendía afectar para sí misma, seguía temblando de miedo. Ella se había criado en un colegio de monjas. La rebeldía primero y luego la vanidad y el dinero la hicieron olvidar lo que de niña le había sido inculcado. Acababa de entrar en un círculo en el que había poder a manos llenas, pero también horror. Algo en ella sabía que era demasiado.

Los virus que habían vuelto para colaborar en la investigación estaban contentos. Sabían que millones de sus compañeros vigilaban atentamente en la especie humana para controlar cualquier quimera que quisiera colarse y armar follón y que la cosa estaba tranquila. Ahora el problema estaba en el lado de los humanos donde la profusión de pruebas peceerre empezaba a arrojar un cuadro preocupante, porque al hacer más pruebas, como es natural, había más positivos (a menudo falsos). Siendo falsos esos positivos, los que los presentaban no eran enfermos e inventaron para ellos el nombre de enfermos asintomáticos, pese a que no enfermaban ni antes ni después de la prueba. Pero las cifras y la publicidad que se les daba fueron enrareciendo el ambiente. Justo lo que pretendían las autoridades para comenzar, como ya lo hicieran meses antes, con los confinamientos, el recrudescimiento de las mascarillas, más pruebas, más miedo, más sometimiento, más terror, más infelicidad, más tristeza, más depresiones y más empobrecimiento de la población. Muchos se preguntaban qué era lo que las autoridades pretendían con estos dislates. Y muchos decían que preguntasen a Will del Verde, que no sólo era el jefe de las farmacéuticas, sino que era él en persona el que había organizado la pandemia (algunos la llamaban plandemia y a su vez eran llamados negacionistas, el peor de los insultos) y era el que controlaba a muchos gobiernos del mundo en esta lucha contra la humanidad.

Le preguntaron a Will del Verde. Él no se ocultaba. Accedía a ser entrevistado por los medios y se mostraba absolutamente encantador. Con sonrisa angelical explicaba que él era un filántropo y que deseaba ayudar a la humanidad. Que sus laboratorios estaban produciendo una vacuna que ya iba muy avanzada y que, en el momento en que la vacuna estuviese preparada, todos seríamos felices y comenzaría una nueva era de prosperidad para los que sobreviviesen. Aunque había algunos historiadores y periodistas que lo habían investigado y habían publicado libros sobre sus aviesos planes, él seguía tan sonriente y encantador y no hacía nada para evitar que tales libros se publicasen.

Los biólogos, médicos, abogados, etc., que estaban en la lucha, se esforzaban con pocos resultados. Algunos juzgados empezaron a rechazar sus demandas y los artículos que escribían enseguida eran censurados en las redes y tachados de falsedad y negacionismo.

Pero había dos personas, una médico y una biólogo que empezaban a hacerse oír entre el gran público. Eran las doctoras Albamarín y Almenara. La primera tenía un papel especial en la más reciente fase de la plandemia, porque Allme la había basado en la proliferación de peceerre, y esa era la especialidad de Albamarín. A partir de ese momento, toda la actividad de Allme se centró en desacreditar a Albamarín y a los que pensaban como ella. Sin embargo, ella tenía tantas y tan buenas razones para defender lo que defendía, tantos argumentos reales, tanta documentación al respecto que no había debate del que no saliera airosa y después de escucharla nadie se quedaba indiferente. Sus vídeos comenzaban a hacerse virales y a Allme se la comía la envidia.

A solas en su lujoso despacho, estaba informada al detalle de toda la actividad de Albamarín y se moría de ganas por enfrentarse personalmente con ella en un debate.

-Lo malo -pensaba- es que tiene razón. Pero lo cierto es que eso a mí nunca me ha importado. Tengo que elaborar toda una teoría, aunque sea con datos inventados para darle un revolcón a esa tía. ¿Qué se habrá creído?



Esa envidia tenía su interés porque, ¿qué envidiaba?, ¿el talento? No, porque ella también tenía talento. Envidiaba la honradez de su colega, la rectitud. Pero no estaba dispuesta a sacrificar el dinero y el poder a esa rectitud. De ahí el rencor que la atormentaba. Sin embargo, bien mirado, envidiar la virtud había abierto una fisura en la maldad, hasta entonces sin fisuras, de Allme.

Preparó un argumentario y movió unos cuantos hilos para encontrarse con Albamarín en un debate sobre peceerres. La televisión estaba controlada por sus amigos y los demás asistentes irían sólo a apoyar las tesis de Allme.

Cuando Albamarín recibió la invitación, algunos amigos que conocían a Allme le aconsejaron que no fuese. Pero ella era de las que piensan que la verdad siempre se abre paso y aceptó. Además, estaba segura de que nadie podía rebatir sus argumentos con razones sólidas. Y eso era verdad.

El comienzo del debate fue como había previsto Allme: todos contra Albamarín, locutor incluido. Allme sonreía y hablaba poco: se reservaba para más adelante. Albamarín comenzó a contestar las preguntas bastante malintencionadas que le hacían los contertulios debidamente aleccionados. Aquella mujer se crecía en las dificultades. Lo rebatía y lo explicaba todo de tal manera que los contertulios, dos médicos y un periodista especializado además de las dos mujeres, empezaron a interesarse y a plantear sus propias preguntas. Percibieron que se les decía la verdad, comprendieron el mensaje y la tertulia cambió de tono. Allme trató de reventar con intervenciones extemporáneas, pero se encontró con lo que ella había planeado para Albamarín: todos contra Allme. Allme se defendió, atacó, pero sus argumentaciones parecían proceder de otro planeta. El locutor se arrió al sol que más calentaba y el debate se hizo viral en las redes.

En cuanto salió a la calle, la llamó Will del Verde:

-¿Qué has hecho, desgraciada? ¿Sabes cuánto dinero hará falta para neutralizar tu metedura de pata? Esta misma noche te visitará nuestro señor y recibirás un correctivo adecuado.

Allme se aterrorizó. Decidió no ir esa noche a su casa. Llamó a Unfri y le pidió cobijo.

-Vale, puedes dormir aquí. De camino trae unos Donuts.

Unfri no había visto el debate, de manera que ella le contó lo sucedido. Lo de Satán no se lo dijo, claro. Estaba muy nerviosa y asustada:

-¿Puedo dormir contigo, Unfrito?

-¿Quieres decir en la misma cama? -preguntó él a modo de respuesta.

-¡Claro!, ¿dónde iba a ser?

-Bueno, pero ya sabes que no duermo.

Se pasó la noche abrazada a Unfri, y esa presencia puso de manifiesto su inmensa soledad. Recordó cuando eran jóvenes y se amaban, y se apretó más contra él. Le sorprendió que eso la hiciese sentirse segura.

Por la mañana estaba más tranquila, pero era consciente del peligro que corría. También se daba cuenta de que estaba poniendo en peligro a Unfri, así que le pidió que no fuese al laboratorio.

-Yo tengo que salir, pero volveré pronto.

-¿Traerás Donuts?

Salió a la calle y caminó un rato sintiendo en el rostro el aire de la mañana. Miraba a todas partes, temiendo lo peor. Se preguntaba cómo sería Satán. A juzgar por lo que había

presenciado en casa de Del Verde sería un monstruo aterrador. Pero podría disfrazarse, podría parecer un caballero, una señora, hasta un niño. ¿Quién iba a desconfiar de un niño? No tendría que haber ido a comer con Will. Ahora estaba metida hasta las trancas en un asunto feo. Y pendiente de un correctivo del mismo Satán. La atravesó un escalofrío. ¿Quién podría librarla de tan infausto destino? Entonces recordó el comentario de Del Verde sobre Dios. ¡Claro, Dios era el único que podía librarla de Satán! Se detuvo y se dio cuenta de que estaba en la puerta de una Iglesia.

Entró como movida por una fuerza ajena a ella, buscó un sacerdote y le confesó todos sus pecados. No omitió lo del despacho de Del Verde ni lo del debate ni la amenaza que había recibido. Cuando lo dijo todo se quedó más tranquila. No sabemos si el sacerdote la creyó, pero le dio la absolución y le aseguró que con un poco de fe nada tenía que temer de Satán.

Volvió aliviada a casa de Unfri. Se paró a comprar Donuts. Lo peor ya estaba resuelto, pero Del Verde no iba a desaparecer, así que tendría que desaparecer ella. No era tonta y hacía años que tenía prevista una situación así. Además, le sobraban recursos y tenía preparadas varias salidas posibles.

-Tendré que irme, Unfri.

-¿Adónde?

-No lo sé, lejos. Por mis errores. He sido mala y ahora lo tengo que pagar.

-Yo también soy bastante malo -dijo él. Tomó un sorbo de café para bajar medio Donuts que tenía en la boca-. Muy malo.

-No cariño -contestó ella con ternura- tú sólo eres un poco tonto.

-¡He hecho virus quimera! -protestó Unfriendly.

Allme sonrió:

-Sí. Y ya ves cómo te salieron.

-Soy muy antipático -no quería dejar escapar la ocasión de exponer sus indudables méritos.

-Ahí tengo que coincidir contigo, Unfrito.

Eso pareció contentarlo:

-Oye, ¿te parecería bien que me fuese contigo?

En el rostro de Allme se reflejó una duda. ¿Cómo cargar con un hombre tan desastroso? Pero, por otra parte, su corazón había comenzado a ablandarse y sabía que sin ella Unfri estaba perdido. Claro que eso eliminaba una de sus posibles salidas que era ingresar en un convento de clausura con nombre falso. Pese a que sabía que sola podría moverse mejor, sintió compasión por aquel ser que se lo debía todo a ella y decidió seguir protegiéndolo.

-¡De acuerdo! ¡Haz las maletas!

Fue la mejor decisión de su vida porque, cuando intentó rescatar su dinero de los bancos se encontró con que sus cuentas habían sido bloqueadas. Sin embargo, las de Unfri, no. ¡Falta de previsión de Del Verde! En esas cuentas había fondos para vivir cómodamente el resto de sus vidas. Ella eligió una salida y jamás se les volvió a ver.

Todo el equipo de Chan-din se alegró al saber que aquellos dos ya no estaban en el juego. Era una pequeña victoria. Pero Will del Verde encontró muy pronto sustitutos para ambos. Claro que el asunto de las vacunas sufriría ahora un nuevo retraso. Había un horizonte para la esperanza. El éxito de los virus había sido aplastante. El de los humanos, mucho más humilde. Después de todo lo ocurrido, aquel combate ya no era de humanos contra virus, sino

de virus y humanos de buena voluntad contra el mal, un mal que empañaba el futuro de todos ellos.

Nadie sospechaba la enorme trascendencia que todo aquello había tenido para Allme y también para Unfri. Una victoria de ese tipo, aunque sea pequeña, es definitiva. Y sigue dando sus frutos por siempre jamás.

## FIN

Lutty e Inés están embarazadas, aproximadamente del mismo tiempo, y se han hecho muy amigas. Actualmente disfrutan de baja maternal. Los padres no caben en sí de orgullo.

Cori ha estudiado psicología y ha cursado un máster en resolución de conflictos. Desde el asunto de “la palabra de Cori” se ha hecho famoso y tiene la consulta llena.

Doc ha ascendido y ahora ocupa el puesto de Lucas como asesor médico-viral del profesor Chan-din.

Lucas ha desarrollado y dirige un programa denominado “Virus sanos y en libertad”, que ha despertado el interés de médicos y biólogos, tanto humanos como víricos, en varios países. Viaja mucho. Está muy ocupado.

Luna, la virus despampanante que había osado mirar a Doc con gelatinosa codicia, hizo las maletas y se fue sin dejar señas después de tener una conversación en privado con Inés. Los que la vieron marcharse afirman que iba bastante despeinada.

Ramón experimentó un insight durante su encuentro con Cori. De ahí pasó a un estado místico permanente. Levita. Tiene muchos discípulos. Nunca dice nada. Lo invitan muchos sitios. Él no va.

De Allme y Unfriendly seguimos sin tener noticias.

Bartolo ha encontrado empleo como virus endógeno en la Sierra de Huelva. El médico que le ha tocado en suerte no es muy amigo de medicar en exceso, pero manda antitérmicos. Bartolo lo va llevando como puede. El jamón es bueno. Algunos fines de semana, si no está de guardia, se sube en la onda y visita el laboratorio para ponerse al día. Lo de la onda dejó de darle miedo.

El maestro Mar-Cho ha vuelto al Japón. O a Nepal. O al Tíbet. En fin, nunca dice adónde va.

Las doctoras Almenara y Albamarín siguen luchando por la realidad junto con abogados, policías, psicólogos y médicos humanos y víricos.

Bator, el físico, practicó duro hasta que consiguió quedarse a vivir en la onda. Desde entonces, está ilocalizable.

La gente sigue asustada.

Badwine no ha dimitido aún.

Las autoridades nos causan mucha preocupación.

Will del Verde, cualquiera sabe lo que está maquinando.

A su jefe, ni mentarlo.

Continúa amaneciendo cada día, lo que es un alivio.

Dios sigue repartiendo sus bendiciones.

Todos los personajes, lugares y situaciones que aparecen en este relato son producto de la fantasía del autor y no representan personajes, lugares o situaciones reales. Esto es particularmente cierto para los personajes humanos. Cualquier semejanza será fortuita o producto de la fantasía del lector.